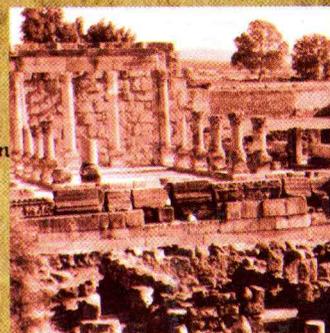
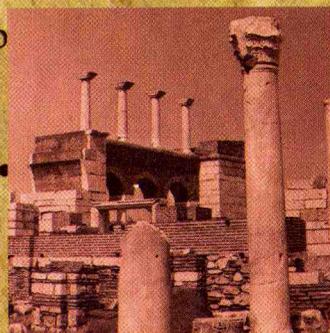
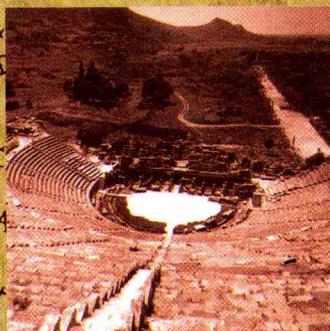


Ariel Álvarez Valdés

LO
QUE LA
BIBLIA
NO
CUENTA
LUMEN



93
31
07

ROYAUME NABATÉEN

LUMEN

El autor nació en Santiago del Estero (Argentina) en 1957. Es licenciado en Teología Bíblica por el Estudio Bíblico Franciscano de Jerusalén (Israel).

Actualmente se desempeña como profesor de Sagradas Escrituras en el Seminario Mayor Interdiocesano de Santiago del Estero y de Teología en la Universidad Católica de la misma ciudad.

Desde hace varios años se dedica a la divulgación bíblica científica. Ha publicado numerosos artículos sobre el tema, y es colaborador habitual en varios periódicos y revistas de la Argentina.

En el exterior, sus escritos han sido publicados en Chile, Colombia, España e Israel. Además, han sido traducidos al francés, italiano, alemán y flamenco en diversas revistas.

En nuestra editorial ha publicado numerosos libros de gran éxito (ver la otra solapa).

225.93
A4731
1997
c.1

3023
TEO

Ariel Álvarez Valdés

Lo que la Biblia no cuenta



Editorial LUMEN
Viamonte 1674
1055 Buenos Aires

☎ 373-1414 (líneas rotativas) Fax (54-1) 375-0453
E-mail: magisterio@commet.com.ar
República Argentina

BIBLIOTECA - TEOLOGIA
SISTEMA DE BIBLIOTECAS
PONTIFICIA U.C. DE CHILE

267291

COLECCIÓN: En torno a la Biblia

Dirección: P. Luis Glinka ofm
Revisión y corrección: M. del Carmen Bustos de Sironi
y María Eugenia Schindler

ISBN 950-724-650-9

© 1997 by LUMEN

Hecho el depósito que previene la ley 11.723
Todos los derechos reservados

LIBRO DE EDICIÓN ARGENTINA
PRINTED EN ARGENTINA

ÍNDICE

25.8.98

192

Prólogo	5
La casa que san Pedro le prestó a Jesús	7
De desconocido a famoso	9
La casa de Simón	10
Una extraña habitación	10
Un pueblo con funcionarios públicos	13
La vida en el patio	15
Igual que las del barrio	17
La tan mencionada puerta	19
Todo quedaba en familia	20
Un techo que aclara poco	21
La sinagoga del Pan de Vida	23
Otros hombres, otras casas	25
Lecciones privadas de teología	26
Una amarga despedida	27
Recuerdos que no se olvidan	28
Devolviendo los regalos	29
La fortaleza que vio morir a Juan el Bautista	31
La Perea, gloria y vergüenza	33
Un peligroso orador	34
El escándalo que nadie denunciaba	36
Por la mujer de su hermano	36
Capturado con traición	37
Las fortalezas del desierto	38
Evangelio y arqueología	39
Una ambigua posición	39
Escuchando con gusto a su acusador	41
Prisionero de fáciles relaciones	43
Ella entraba y salía con motivos	46
El por qué de un "qué cosa"	47
Los últimos días de Maqueronte	49
Un gigante entre ruinas	51

La tumba de la Virgen María ¿está en Jerusalén?	53
El valle del fin del mundo	55
¿La Virgen tuvo una tumba?	56
Cuando callan los evangelios	57
Apócrifos, pero no tanto	58
"Lo que escuché del Apóstol Juan..."	59
Los últimos funerales	60
Un final inesperado: la ascensión	61
Crear o no creer	62
La arqueología que nos hacía falta	63
El aporte de la ciencia	64
Aquel ominoso silencio	65
Se explica el misterio	66
Varios siglos más de estadía	66
Dos iglesias para un sepulcro	67
Lo que todo peregrino puede ver	69
¡Levantemos el corazón!	70
Éfeso, donde vivió Pablo y murió Juan	73
La ciudad de los dos Titanes	75
El día que Pablo la conoció	77
¿Quién fundó la Iglesia de Éfeso?	78
Los doce semicristianos	80
La primera cátedra popular de cristianismo	81
Guerra a la magia	81
Cuatro templos de una diosa	82
El templo de Pablo	84
La rebelión del teatro	85
No todo fue un adefesio	86
Los últimos desvelos por sus "santos"	88
La tumba de san Juan de Éfeso	89
La Iglesia de la Madre de Dios	91
Esperando otros apóstoles	93

PRÓLOGO

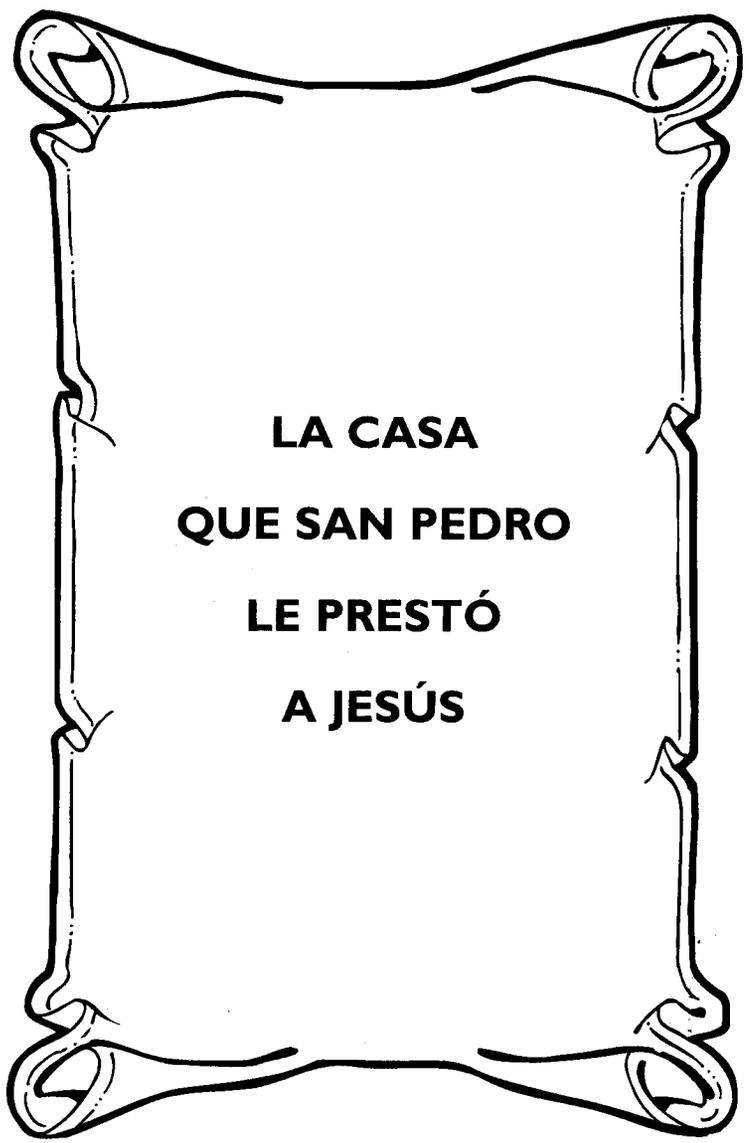
Desde hace años, los estudios arqueológicos en Palestina y Oriente Medio vienen aportando datos importantes y útiles para una mejor comprensión del mundo bíblico y, en particular, de los Evangelios.

El presente libro recoge cuatro artículos, escritos con el fin de mostrar de qué manera los aportes realizados por las excavaciones pueden resultar reveladores para acercarnos a algunas páginas del Nuevo Testamento.

En realidad debería haberse titulado *Arqueología y Nuevo Testamento*, pero los editores han optado por el más sugestivo *Lo que la Biblia no cuenta*.

Los descubrimientos en Cafarnaúm (la ciudad donde vivió Jesús durante gran parte de su vida pública), las excavaciones en la fortaleza de Maqueronte (donde Flavio Josefo nos dice que fue degollado Juan el Bautista), los estudios realizados en la tumba de la Virgen María en Jerusalén, así como los hallazgos en la antigua ciudad de Éfeso, de tantas resonancias bíblicas, aparecen aquí sintetizados y enmarcados en sus respectivos episodios bíblicos.

Los cuatro capítulos de esta obra pretenden mostrar, de manera amena y divulgativa, cómo una ciencia aparentemente árida y exclusiva para iniciados, como la arqueología, puede aportar interesantes datos para una mejor lectura de la Biblia por parte de los lectores más sencillos.



**LA CASA
QUE SAN PEDRO
LE PRESTÓ
A JESÚS**

Cuando Jesús empezó su vida pública, abandonó Nazaret, donde se había criado, y se instaló en Cafarnaúm.

Simón, un pescador de la villa, le ofreció su casa para vivir, y Jesús hizo de ella el centro de su actividad en Galilea.

Hoy los arqueólogos han descubierto esta casa. Y los detalles que han revelado permiten entender mejor muchas páginas de los Evangelios.

De desconocido a famoso

En la región de Galilea, sobre la orilla norte del lago de Tiberíades, a 4 km de la desembocadura del río Jordán, yacía hace dos mil años un pequeño pueblito. Su nombre era Cafarnaúm, que significa "ciudad de la consolación".

A pesar de su gran antigüedad, puesto que ya era habitada desde hacía mil quinientos años, de su posición estratégica junto al lago, y de hallarse ubicado sobre una ruta comercial importante, nunca logró adquirir notoriedad alguna. Al punto tal de que jamás aparece nombrado en el Antiguo Testamento.

Pero repentinamente el pueblito se volvió célebre. Fue a partir del día en que Jesús decidió abandonar su ciudad natal. Nazaret, ubicada 34 km al sudoeste, e instalarse en él (cf. Mt 4, 13). Simón el pescador le prestó su casa, y desde entonces esta villa se convirtió en el centro de sus actividades en Galilea, y en el punto focal de las miradas de los pueblos vecinos. Al radicarse Jesús en ella, la humilde villa pasó a ser la capital del anuncio evangélico. Y a tal punto quedaron ambos ligados, que pasará a llamarse "la ciudad de Jesús" (cf. Mt 9, 1) a pesar de que

Él no había nacido en Cafarnaúm sino en Belén, ni se había criado allí sino en Nazaret.

Jesús la prefirió, pues el pueblo de Nazaret, donde había vivido toda su vida, estaba demasiado aislado en medio de las montañas de Galilea. En cambio Cafarnaúm, por su posición privilegiada sobre un cruce importante de caminos le otorgaba más posibilidades para el anuncio de su mensaje del Reino de Dios.

La casa de Simón

Ya antiguos peregrinos que visitaban Tierra Santa en los primeros siglos contaban que, al pasar por Cafarnaúm habían podido ver la casa de Simón Pedro todavía en pie. Así, la española Egeria, que vino a Palestina en el año 381, dice que en esa época había podido tocar con sus manos las mismas paredes de la casa. Un poco más tarde, en el año 570, otro peregrino, procedente de Piacenza, dejó escrito en su diario que había podido estar en la casa del príncipe de los apóstoles, ahora convertida en iglesia.

Pero, ¿dónde hallar hoy esta casa, se preguntaban a comienzos del siglo XX los arqueólogos, entre tantas ruinas y escombros? Todo lo que quedaba en el lugar donde un día se alzara el antiguo pueblo, o "ciudad" como lo llaman los evangelios, eran restos de casas de piedras destruidas, en una extensión de 60000 m². El pueblo entero estaba allí, pero dormía bajo los restos semiderruidos de sus edificios y los bloques de piedra caídos. Y la famosa casa admirada por los antiguos peregrinos se escondía en alguna parte, sepultada por el amontonamiento de tierra y la devastación de los años. ¿Su memoria se había perdido para siempre?

Una extraña habitación

Así se creía, hasta que hace unos veinticinco años los investigadores comenzaron a remover los escombros y a excavar las casas de la aldea.

Lo primero que pudo saberse fue que Cafarnaúm era una ciudad más bien pobre. Las paredes de las casas se levantaban con gruesas

piedras de basalto negro, toscas, sin pulir, y puestas una encima de otra a seco, es decir, sin argamasa. Los espacios entre piedra y piedra eran cerrados con guijarros. Los pisos de las casas eran de tierra, o estaban cubiertos con pequeñas piedras lisas.

Sorpresivamente, entre los ambientes excavados de aquellos pobres edificios, apareció una extraña habitación. Tenía el doble de largo que el resto de las viviendas de la aldea. Además había en ella algo único. No sólo tenía un bien cuidado y prolijo piso de cal, cosa rara para las casas de Cafarnaúm, sino que había sido refaccionado varias veces a medida que se desgastaba por el uso. Los excavadores lograron contar hasta seis estratos superpuestos de este hermoso pavimento blanco. ¿Por qué tanto interés en conservar el piso de esta habitación?

Desperdigados por el piso se hallaron restos del revoque caído de las paredes interiores (fig. 1). Estaban decorados con dibujos geométricos y motivos florales, que conservaban aún sus coloridos primitivos. Pero lo que resaltaba aún más hasta dónde había gozado de veneración esta sala, fueron los ciento setenta y cinco fragmentos de *graffiti*,



Fig. 1: Restos de revoque de las paredes de la "sala venerada". Tienen inscripciones en diversas lenguas, y datan de los primeros siglos, lo cual muestra la antigüedad de la devoción por esta habitación.

monogramas e inscripciones que se descubrieron, dejados por los habitantes y peregrinos en las paredes. De ellos, ciento cincuenta y uno estaban escritos en griego, trece en sirio, nueve en arameo y dos en latín.

Los autores de tales escritos no podían ser sino cristianos, como se ve por el hecho de que el monograma de Jesús aparece dibujado en varios de ellos. Se leen también las palabras "Señor", "Cristo", "Dios", "Amén", y en algunos apareció también el nombre "Pedro". Una inscripción en sirio parece referirse a la eucaristía. La diversidad de idiomas de las inscripciones sugiere que la sala era visitada en la antigüedad como lugar de culto (fig. 2).

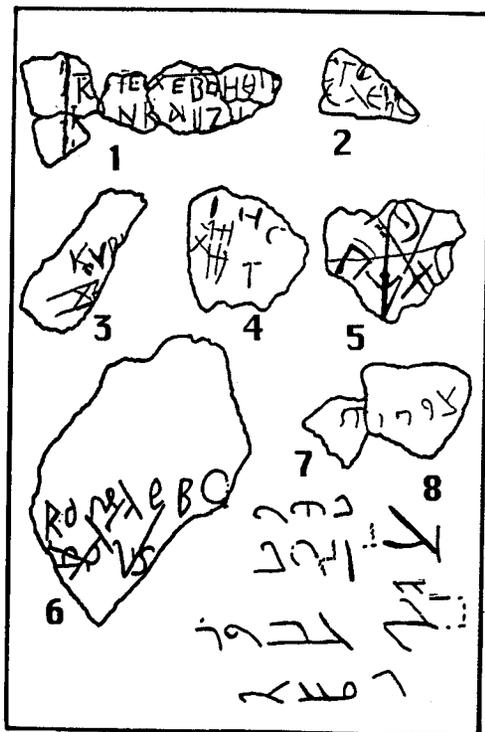


Fig. 2: Algunas inscripciones encontradas en la casa de san Pedro. En la n.º 1 se lee: "Oh Señor Jesucristo, ayuda...n y a Izit." En la n.º 2: "Cristo, ten piedad." En la n.º 5 aparece el monograma de Pedro en latín, pero con caracteres griegos. La n.º 6, en latín, dice: "El defensor de Roma (es) Pedro." Una inscripción en sirio menciona indirectamente la eucaristía (n.º 8).

Ya antes de empezar las excavaciones se había notado la particularidad de una pequeña iglesia octogonal edificada encima de esta sala, de manera tal que ella quedara justamente en el centro de toda la construcción. Como si se hubiera querido dejar una perpetua señal indicadora, de la sala que se encontraba abajo.

La pregunta no podía evitarse: ¿Qué tenía de particular este alojamiento para ser el único de todo el pueblo con piso pavimentado, y paredes revocadas y decoradas? ¿Por qué, a pesar de que los arqueólogos llevaban ya excavados nueve caseríos o "islas" de la ciudad, sólo en esta casa descubrieron inscripciones que databan del siglo I que daban señales de veneración? ¿No sería ésta la casa de Simón Pedro? ¿No sería la vivienda del humilde pescador, en donde cada tarde se agolpaba la gente en espera del regreso de Jesús? ¿No sería la habitación que Pedro le había prestado al Maestro para vivir, mientras se encontraba en Cafarnaúm? La respuesta no podía sino ser afirmativa.

Ahora el mundo podía conocer cómo había sido la casa del Señor, en qué ambiente vivió, cómo fue su barrio, qué vecinos tuvo, qué incomodidades había sufrido.

Ahora el mundo podía palpar más de cerca al Jesús de Cafarnaúm.

Un pueblo con funcionarios públicos

Cafarnaúm se extendía sobre el borde del lago, y medía unos trescientos metros de este a oeste y unos doscientos metros de norte a sur. Bastante inferior a otras ciudades que se hallaban también en torno al lago, como Tiberiades, Magdala, Genesaret o Betsaida. Su población tampoco era muy numerosa. En la época de Jesús, según se ha calculado, podía contar con ochocientas o novecientas almas. Sin embargo, se encontraba en una posición aventajada (fig. 3).

En efecto, cien metros al norte del pueblo fue hallada una milla romana, que era una piedra utilizada para marcar el paso de las rutas importantes de comercio internacional. Se supo, pues, que por aquí pasaba la famosa "ruta del mar", que las caravanas solían recorrer desde Egipto hasta Damasco. Esto le daba a Cafarnaúm una posición aventa-

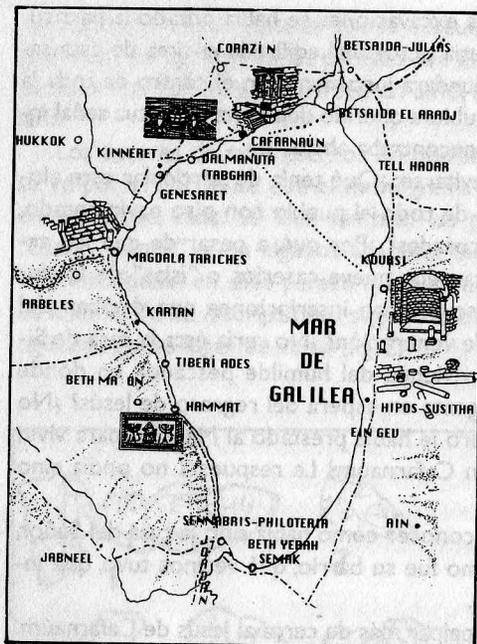


Fig. 3: En la época de Jesús la orilla del lago de Galilea era floreciente en ciudades a lo largo de la costa. Al norte, cerca de la desembocadura del río Jordán, estaba Cafarnaúm. Por todas ellas debió predicar Jesús, aunque el evangelio no las menciona. En efecto, Jesús lanzó un duro apóstrofe contra Corozáin y Betsaida, al norte de Cafarnaúm, diciendo que no habían querido aceptar sus predicciones, y sin embargo, el Evangelio no relata estas visitas.

jada, ya que los comerciantes que pasaban continuamente debían pagar un peaje como impuesto caminero.

Así se explica por qué en Cafarnaúm había una aduana y un encargado de cobrar impuestos. Los Evangelios cuentan que un día Jesús, que ya llevaba tiempo viviendo en el pueblo, pasó al lado de esta aduana y vio al cobrador, sentado en su banco y recibiendo los pagos. Se llamaba Mateo. Jesús lo miró y le dijo una sola palabra: "Sígueme". Y él, que seguramente ya lo conocía, que sabía de su fama y su persona, y lo había oído predicar varias veces en el pueblo, dejó el despacho, la aduana, y los impuestos, y lo siguió (cf. Mt 9, 9) (fig. 4).

Aunque Cafarnaúm pertenecía a la región de Galilea y, por lo tanto, estaba bajo el gobierno de Herodes Antipas, era considerado un pueblo de frontera ya que 5 km al este, precisamente en el río Jordán,

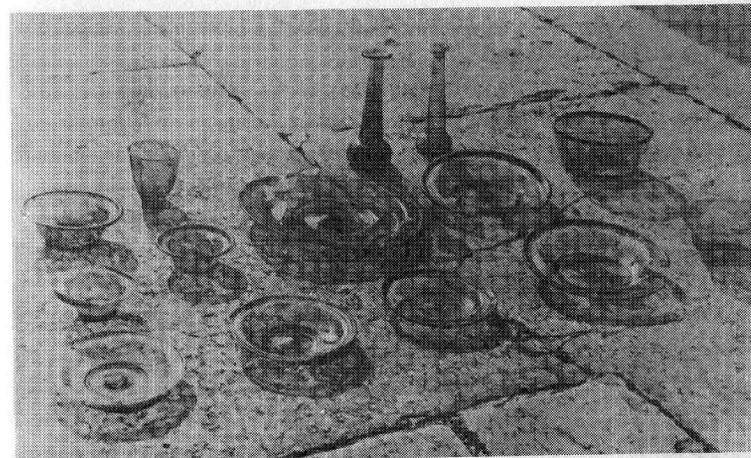


Fig. 4: Lote de frascos, vasos y platos de cristal hallados en Cafarnaúm en las casas, que pertenecían a familias acomodadas. Es probable que Mateo, de buena posición económica, haya usado vajilla semejante cuando invitó a comer a Jesús. Son todas del siglo I.

quedaba el límite de otra región: la Iturea, gobernada por Herodes Filipo. Por ello, no es extraño que hubiera allí militares que vigilaban la frontera. También a ellos alude el evangelio. Un centurión, que probablemente formaba parte de los mercenarios mantenidos por Herodes Antipas más que de un destacamento romano como suele pensarse, solicitó en una oportunidad a Jesús que le curara un criado que yacía enfermo en la aldea. Jesús, luego de alabar la fe de este militar, y a la distancia, realizó el milagro (cf. Lc 7, 1-10).

La vida en el patio

Los arqueólogos han logrado trazar el plano urbanístico del antiguo poblado de Cafarnaúm. De planta armoniosa y ordenada, contaba con dos tipos de calles: las que corrían de norte a sur, llamadas "cardos", y las de este a oeste, llamadas "decumanos". En el espacio cuadrulado conformado por el entrecruce de éstas se construían las pe-

queñas "islas", es decir, los conjuntos de casas. La avenida principal era llamada el "cardo máximo" (fig. 5).

Una característica de Cafarnaúm en que no existían viviendas individuales, sino que todas eran habitaciones "del clan" o de la familia patriarcal. Las pequeñas habitaciones construidas en piedra se agrupaban

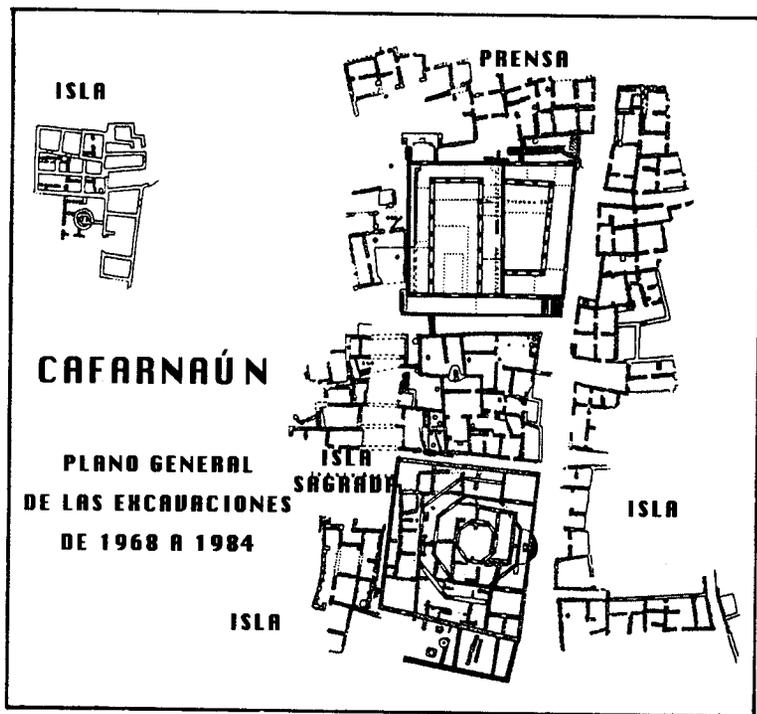


Fig. 5: Plano general de Cafarnaúm. Las casas estaban agrupadas en pequeñas "islas" o conjunto de casas en torno a un patio común. Abajo, cerca de la orilla del lago, estaba la casa de san Pedro y de Jesús, sobre la que se ven los restos de una iglesia octogonal posterior. El edificio rectangular, arriba, es la sinagoga construida por el centurión romano, al que Jesús le sanó su criado. Allí enseñaba Jesús los sábados y realizó numerosos milagros. A la derecha corría la calle principal del pueblo, llamada "cardo máximo". Las calles menores, que van de este a oeste son los "decumanos".

alrededor de un único patio común para varias familias, con una única puerta de ingreso para todas que daba a la calle.

Las distintas habitaciones no tenían puerta. Todas permanecían siempre abiertas con respecto a la otra. La única puerta de clausura era la que daba a la calle. Este tipo de edificación era probablemente compartido por familias emparentadas entre sí.

A diferencia de lo que sucede con nuestras casas modernas, a aquellas, que no eran sino pequeños cuartos sólo se iba a dormir, y eran utilizadas para guardar las pertenencias. El resto de la vida familiar transcurría en el patio común. Allí se amasaba y horneaba el pan en los hornos colectivos, las mujeres molían el trigo, los artesanos hacían sus trabajos manuales, y seguramente se dormía en el verano, cuando el calor pasaba los 35°.

El patio abierto al aire libre era el centro vital de las casas y el foco de las actividades cotidianas. Cuando Jesús, hablando del fin del mundo en el último de sus sermones pronunciados, dijo que "de dos mujeres que estén moliendo en el mortero, una será llevada y la otra será dejada" (Mt 24, 41), no cabe duda de que su frase se inspiró en esta estampa familiar, tantas veces contempladas durante los años de residencia en la casa.

Igual que las del barrio

La casa de Simón Pedro estaba situada en una de las "islas", o grupo de casas, más cercanas a la playa del lago. Pudo averiguarse que había sido construida, al igual que las demás casas, unos doscientos años antes, en el llamado "período helenístico tardío". El clan de Simón Pedro se instaló posiblemente unos cincuenta años antes del nacimiento de Cristo. Y ahora, hacia los años treinta de la era cristiana, Jesús de Nazaret se convirtió en huésped permanente de su nuevo amigo y apóstol mientras duró su ministerio público (fig. 6).

Pero ¿era realmente ésta la casa donde Él se alojó? ¿No habría pasado en varias casas del pueblo?

La primera vez que los evangelios mencionan la casa donde se alojó Jesús, dice claramente que pertenecía a Simón Pedro (cf. Mc I, 29).

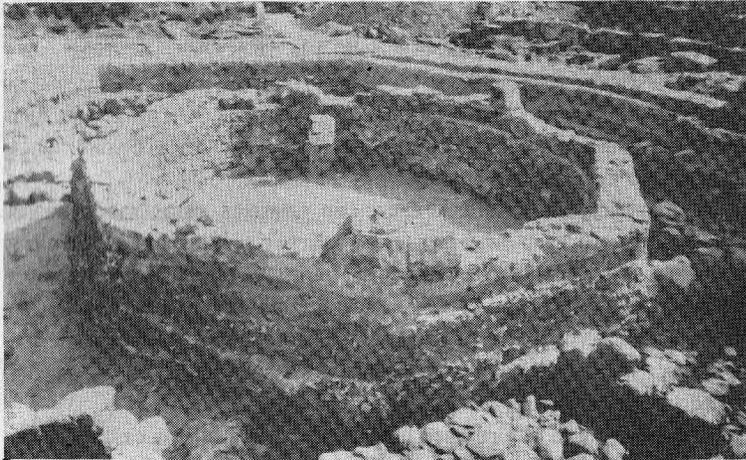


Fig. 6: Restos de la casa de san Pedro. El octógono que se ve en la fotografía pertenece a los fundamentos de una iglesia construida encima para venerarla, de tal manera que el centro fuera exactamente la habitación de Jesús. Actualmente los franciscanos han edificado sobre ella una moderna iglesia.

De ahí en adelante cada vez que la nombra diré sólo “la casa”, sin especificar más. Parecería que el evangelista, una vez dejado en claro a qué lugar aludía, pensó que no hacía falta seguir puntualizando a qué casa se refería. La arqueología, con el descubrimiento en Cafarnaúm de una casa semejante en todo a las demás, pero imprevistamente convertida en lugar de culto y venerada, viene a confirmar esta suposición.

Por otra parte, esto concuerda con lo que enseñaba el mismo Jesús. En su discurso misionero aconseja a sus discípulos no andar de casa en casa, sino que permanezcan siempre en el mismo lugar (cf. Lc 10, 7) hasta que se vayan de la ciudad (cf. Lc 9, 4).

Otro episodio puede confirmar un alojamiento permanente de Jesús en la casa de Simón Pedro. Un día, cerca ya del tiempo de su muerte y antes de que partiera definitivamente de Cafarnaúm, se acerca-

ron unos cobradores de impuestos, y al ver a Pedro entrar con Jesús al pueblo le recriminaron: “¿Tu maestro no paga los impuestos al Templo, como lo hace todo buen israelita?” Pedro, con su habitual fogosidad contestó: “¡Claro que sí!” Y entró en silencio a su casa decidido a buscar el dinero y pagar por los dos el impuesto reclamado. Pero Jesús se le adelantó, y luego de explicarle por qué a Él no le correspondía pagar, le dijo que fuera al lago, echara el anzuelo, y al primer pez que sacara le abriera la boca, sacara la moneda que encontraría, y pagara por los dos (cf. Mt 17, 24-27).

¿Por qué los recaudadores se dirigieron a Pedro para reclamar el dinero? Probablemente porque Jesús, al ser huésped permanente en su casa, era considerado un miembro de la familia de Pedro. Por lo tanto, ambos estaban equiparados en la cuestión de los impuestos. Y Pedro, como jefe del clan y dueño de casa, debía responder ante la supuesta evasión de Jesús. Pero como siempre, cuando Pedro quiso salir a solucionar los problemas de Jesús, fue Jesús quien solucionó el problema de Pedro.

La tan mencionada puerta

Las excavaciones en Cafarnaúm revelaron que en la casa de Pedro se ingresaba por el lado este (fig. 7). Tenía una ubicación excepcional en la villa, ya que la puerta de calle daba sobre el cardo máximo, es decir, sobre la calle principal del pueblo.

Por otra parte, se comprobó que la pared sobre la cual estaba la puerta de calle tenía una pequeña curvatura hacia adentro. Esto creaba, sobre la puerta de calle, del lado de afuera, un amplio espacio en el umbral, de unos 30 m². Este hallazgo resulta de capital importancia para la comprensión de algunos detalles del evangelio.

Por ejemplo, el primer día que Jesús llegó a Cafarnaúm, luego de realizar algunos milagros, la gente se entusiasmó tanto que por la tarde todos le llevaron sus enfermos hasta la casa donde se alojaba, al punto tal que “la ciudad entera estaba agolpada a la puerta” (Mc 1, 33). Esto se comprende más fácilmente ahora que sabemos que había espacio suficiente para bastante gente en la entrada, sobre el cardo máximo.

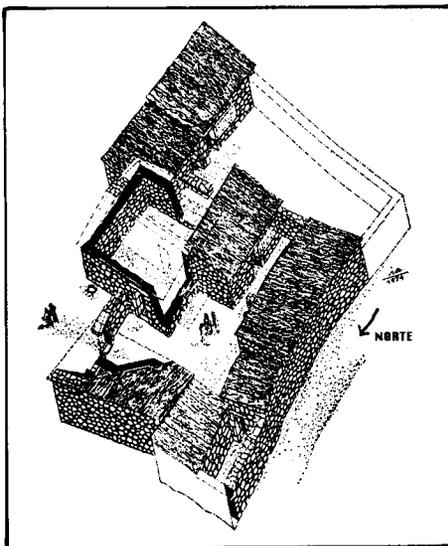


Fig. 7: Reconstrucción de la casa de san Pedro. Al este estaba la puerta, que daba sobre la calle principal del pueblo. En el interior, se ve un patio común a todas las habitaciones, cada una de las cuales era de una familia distinta. Al sur, otro patio comunitario. En el ángulo sudeste, la probable habitación de Jesús o "sala venerada", cuya pared interior fue luego derribada para ampliarla. En el costado, las escaleras para acondicionar el techo. Sobre la puerta de calle, un amplio espacio permitía a la gente del lugar amontonarse, como cuenta el Evangelio, cuando buscaban a Jesús.

Igualmente, al día siguiente salió él temprano a orar. Simón y sus compañeros salieron a buscarlo, y al hallarlo le dijeron: "Todos te buscan" (Mc 1, 37). Se sobreentiende "en la puerta", ya que era el único lugar donde podía caber tanta gente.

Pero a veces, los vecinos que iban a escucharlo eran tantos que ese espacio resultaba insuficiente, como el día que curó al paralítico. Dice el evangelio que "se agolparon tantos que ni siquiera ante la puerta había ya sitio" (Mc 2, 2). Lo cual da a entender, por un lado, que ése era el lugar habitual de reunión, y por otro, que frente a la puerta había un sitio con bastante espacio. Fue lo que confirmó la arqueología.

Todo quedaba en familia

Transpuesta la puerta de calle, se ingresaba en el patio, interior de la casa de Pedro, que tenía forma de "L" y medía unos 84 m². Por el lado sur había un segundo patio (fig. 7).

La casa o "isla" donde vivía Pedro y su familia estaba formada, según las investigaciones, por unas siete habitaciones, cada una de las cuales pertenecía a una familia.

Esto responde a una planteada por la narración evangélica: ¿a quién pertenecía la casa donde fue a vivir Jesús? El evangelista Marcos precisa que era "de Simón y de Andrés" (cf. Mc 1, 29). Pero si cada uno de estos hermanos tenía su mujer y sus hijos, como era probable, ¿cuántos habitaban aquella casa? Y si a esto se agrega que también en el lugar vivía la suegra de Simón (cf. Mc 1, 30), la cual a su vez podía tener otros miembros de la familia, como su marido, o hermanos, la situación se torna compleja.

En cambio ahora entendemos que la casa de Pedro no era una casa individual, como las que nosotros conocemos actualmente, sino más bien una "isla", es decir, un grupo de casas-habitaciones, como todas las de Cafarnaúm. Así, se comprende que un mismo complejo habitacional fuera compartido por esas tres familias: la de Pedro, la de su hermano Andrés y la de su suegra, además de otras posibles del mismo clan.

Esto también explica por qué el día que entró Jesús por primera vez en la casa, a la habitación que pertenecía a Pedro, como su suegra estaba enferma, los apóstoles tuvieron que "hablarle de ella" (cf. Mc 1, 30). En efecto, Jesús no había tenido la posibilidad de verla ya que se encontraba en otra habitación.

Estas siete piezas que conformaban la "isla" del príncipe de los apóstoles, nos lleva a pensar en un clan familiar más bien numeroso.

Un techo que aclara poco

En el ángulo sudeste del complejo de estas casas-habitaciones estaba el ingreso a la sala venerada que hallaron los arqueólogos, y que probablemente fue la habitación que le cedieron a Jesús para habitarla durante su estada en Cafarnaúm (fig. 7). La pieza mide actualmente 7 m de largo por 6,50 m de ancho. Este ancho es semejante al de las otras casas del pueblo, pero el largo es el doble de las demás. Es factible que lo que hoy es la sala venerada, ocupe el lugar de lo que originariamente eran dos habitaciones separadas por una pared; de ser

así, una tenía su ingreso sobre el patio norte y la otra con la puerta hacia el patio sur.

Una de estas dos fue la que seguramente Pedro le dio a Jesús para que viviera con él. Medía, pues, 3,50 m de largo y 6,50 m de ancho, es decir 22 m². Años más tarde, para que la afluencia de peregrinos cristianos pudiera entrar más cómodamente a visitar y honrar el lugar, se derribó la pared divisoria y se alcanzaron las actuales medidas.

La casa de Pedro no tenía techo de material del tipo que nos resulta familiar actualmente. Las investigaciones realizadas en todo el pueblo no hallaron nunca restos de tejas. Debido a que las lluvias en esta zona de Galilea son más bien raras y no ocasionan demasiados problemas, los techos de las casas consistían en travesaños de ramas de árbol, sobre los que se acomodaba un entretejido de ramillas y hojas, y se colocaba encima una masa formada de tierra y paja. Este sistema de techado duraba un año, y debía ser reparado y asegurado permanentemente antes de la estación de las lluvias. Para ello, se construía una escalera de piedra que conducía hasta el techo. Por ella se subía para hacer este arreglo con comodidad. En varias casas de Cafarnaúm se han encontrado los restos de estas escaleras externas.

Esto nos ofrece una preciosa ayuda para entender mejor el relato de la curación del paralítico contado por san Marcos (2, 1-22). Los cuatro amigos que lo traían en la camilla, ante la imposibilidad de pasar debido a la gente amontonada en la puerta, subieron por la escalera externa, removieron el amasijo de tierra del techo, corrieron algunas ramas del travesaño, y bajaron la camilla con el paralítico hasta Jesús que estaba dentro de la casa. Naturalmente que al aparecer este nuevo e inesperado oyente, la prédica cesó y Jesús no pudo menos que admirar la fe de aquellos hombres, que le acababan de desarmar su habitación.

Otro detalle que arroja nueva luz sobre las enseñanzas de Jesús lo mostró el estudio del piso de la casa de Pedro. Lo mismo que las otras casas de Cafarnaúm, era de tierra apisonada, que hoy ya se encuentra ennegrecida por las cenizas y la humedad de los años. Algunos de estos pisos estaban pavimentados con piedritas de basalto irregulares. Si a alguien se le caía algo al suelo, especialmente un objeto chico como una moneda, resultaba difícil hallarlo. Es posible que de esta experien-

cia de Jesús en la casa de Pedro tengamos nosotros una de las más bellas parábolas que él pronunció: la de la mujer que, teniendo diez monedas, al perder una enciende la lámpara de aceite, barre la casa, busca cuidadosamente, hasta que la encuentra (cf. Lc 15, 8-10). En efecto, en la irregularidad de este piso eran necesarios todos esos trámites para recuperarla. De ahí su alegría con amigas y vecinas.

La sinagoga del Pan de Vida

Uno de los hallazgos más excitantes del pueblo fueron los restos, cerca de la casa de Pedro, de una monumental sinagoga construida mirando hacia el sur. Desde un principio se pensó que se trataba de la sinagoga de Cafarnaúm de la que hablan los evangelios (fig. 8).

Mide 23 m de largo por 17 m de ancho, tiene adosados a las paredes bancos de piedra para sentarse, y un patio contiguo con columnas probablemente usado como lugar de estudio de la ley judía.

Pero después de las excavaciones, los arqueólogos concluyeron que el edificio fue construido, cuatrocientos años después de la muerte de Jesús. No era la esperada sinagoga.

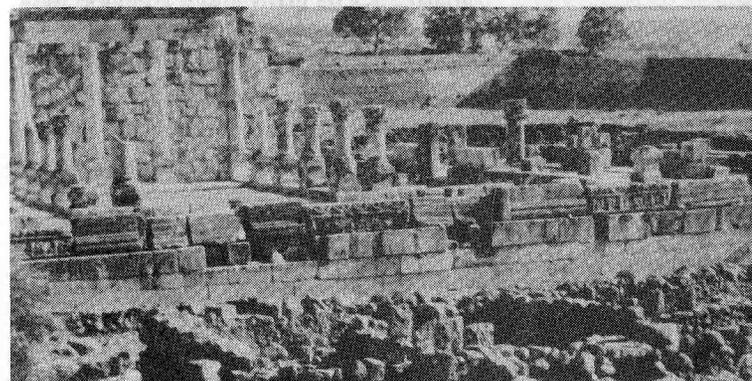


Fig. 8: La sinagoga de Cafarnaúm. Estaba a unos treinta metros al norte de la casa de Pedro, también sobre la avenida principal del pueblo. El edificio que se ve en la fotografía es del siglo IV d. C., pero bajo sus fundamentos fue hallada la sinagoga del siglo I, visitada varias veces por Jesús.

Sin embargo, un hecho curioso llamaba la atención: si la casa de Pedro desde épocas tempranas había sido transformada en iglesia ¿cómo es que los judíos 400 años después habían construido una sinagoga tan cerca, siendo que para ellos, la proximidad con edificios de otros cultos los volvía impuros? Y peor aún cuando al edificarla orientada hacia el sur, es decir, hacia Jerusalén como era la obligación, la sinagoga quedó mirando directamente hacia la iglesia cristiana vecina. Alguna poderosa razón debía haber para una construcción tan contraria a sus tradiciones.

Al excavar los cimientos descubrieron la respuesta. Debajo de ella estaban los restos de otra sinagoga más antigua. Según una práctica común en oriente, los lugares sagrados reconstruidos siempre en el mismo lugar del precedente.

Y este nuevo edificio sí resultó ser del siglo I. Se había hallado nada menos que la sinagoga tantas veces visitada por Jesús los sábados que se quedaba en el pueblo. Un poco más pequeña que la construida encima, tenía 22 m de largo por 16 m de ancho, y cubría una superficie de 352 m² (fig. 9).

Sabemos por san Lucas quién la edificó: fue el centurión romano al que Jesús le curó su criado enfermo. El Evangelio dice que cuando el

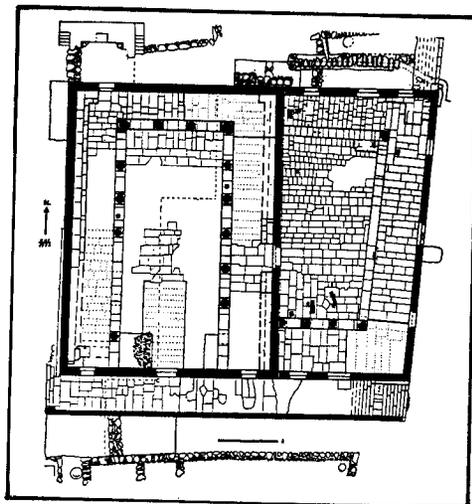


Fig. 9: Planta del edificio de la sinagoga. Se componía de tres partes. A la izquierda, la sala de oración, con 16 columnas interiores.

Abajo, un balcón, del que se entraba a la sala de oración por tres puertas.

A la derecha, un patio flanqueado por tres de sus lados con un pórtico de columnas en estilo dórico.

militar envió un grupo de judíos para implorarle el milagro al Señor; éstos le dijeron: “Merece que se lo concedas porque ama a nuestro pueblo, y él mismo nos ha edificado la sinagoga” (Lc 7, 5).

Este templo vio muchas veces entrar a Jesús para predicar su mensaje a la gente del lugar. Allí realizó también numerosos milagros. La primera vez que entró, mientras estaba predicando, curó a un enfermo poseído por un espíritu inmundo (Mc 1, 21-28). Otra vez curó, de entre el público, a un hombre que tenía la mano derecha paralizada, a pesar de que los fariseos presentes se oponían (Lc 6, 6-11).

Pero sobre todo, esta sinagoga escuchó uno de los discursos más importantes y dramáticos pronunciados por Jesús: el del Pan de Vida. Allí dijo a su auditorio que era necesario comer su carne y beber su sangre para tener vida eterna (cf. Jn 6, 22-59). Y también allí lo abandonaron ese día muchos de sus discípulos porque les resultó demasiado duro su mensaje.

Otros hombres, otras casas

Por los relatos del Evangelio conocemos a varios personajes que eran oriundos o que vivían en Cafarnaúm.

Ya vimos a Simón Pedro y a su hermano Andrés, que aunque probablemente habían nacido en una localidad vecina llamada Betsaida (cf. Jn 1, 44), se habían trasladado allí por las posibilidades que les ofrecía Cafarnaúm para la pesca. También hablamos de Mateo, el recaudador de impuestos convertido en apóstol por Jesús, y del centurión romano responsable de las tropas mercenarias apostadas en el pueblo.

Es posible que otros dos discípulos, Santiago y Juan (cf. Mc 1, 19), vivieran asimismo en el pueblo como se deduce de los relatos evangélicos (cf. Mc 1, 19), aunque no sabemos si por nacimiento o también por su profesión.

Quien obtuvo del Señor un milagro espectacular en su pueblo fue Jairo, el jefe de la sinagoga a la que Jesús solía asistir. Jesús fue personalmente a su casa para realizar la única resurrección que hizo en Cafarnaúm: la de la única hija de aquél, de doce años (cf. Lc 8, 40-56).

Una anónima mujer, que padecía de una hemorragia desde hacía doce años, fue curada por las calles (cf. Mc 5, 25-34). Su nombre no nos ha llegado, pero vivían en Cafarnaúm.

Otros dos ciegos, que se enteraron de los prodigios que realizaba, fueron a buscarlo y recuperaron la vista en la puerta de la casa de Pedro (cf. Mt 9, 27-31).

No hubo persona alguna, hombre o mujer, chico o grande, influyente o insignificante, que no oyera hablar de él en la aldea, y no lo buscara para conversar, o para conseguir algún beneficio de sus dotes taumáticas.

¿Dónde estarán ahora todas esas casas, de las que lo llamaban o en las que le ofrecieron hospitalidad? ¿Cuál de todas esas ruinas será hoy la casa del centurión romano, a la que no fue porque curó a su criado a distancia?, ¿o la casa de Mateo, a la que lo invitaron a comer seguramente con ricas vajillas? ¿Y la de Jairo, de la que hizo salir el cortejo fúnebre en pleno velatorio, porque él había llegado para resucitar a su hijita?

¿Dónde estarán todos esos hogares? Seguramente en medio de las ruinas circundantes. Los arqueólogos han descubierto que las casas más espaciales y mejor construidas del poblado no están en esta zona, sino un poco más al este, en un terreno poco explorado y fuera del ámbito de estas excavaciones. Es posible que allí viviera la guarnición romana, el centurión, el cobrador de impuestos, y la gente más adinerada. Pero el lugar y ubicación exactas, a diferencia de la de Pedro, se nos han escapado para siempre (fig. 10).

Lecciones privadas de teología

Jesús utilizó la casa que le ofreció Pedro no sólo para albergarse personalmente, sino que allí solía reunirse con sus discípulos para explicarles los aspectos más profundos de su doctrina que no predicaba a toda la multitud.

Por ejemplo, después de pronunciar su discurso de las parábolas (cf. Mt 13, 1-35), dice el Evangelio que despidió a la gente y se fue a casa. Y a solas con los apóstoles, por pedido de ellos, les aclaró la parábola del trigo y la cizaña (cf. Mt 13, 36-43).



Fig. 10: Lámparas de diversas épocas halladas en Cafarnaúm. Por el agujero central se introducía el aceite, y en el orificio del extremo se colocaba la mecha que ardía. La de arriba a la derecha es del siglo I, y fue hallada en la misma casa de san Pedro. A estas lámparas se refería Jesús cuando contó la parábola de las vírgenes prudentes y las vírgenes necias. Como se puede observar, al ser de tamaño pequeño, el aceite podía acabarse en cualquier momento. También a ellas se refería al hablar de la mujer que encendía una lámpara para buscar la moneda perdida.

El día que expuso su enseñanza sobre lo puro y lo impuro contra las absurdas tradiciones de los fariseos, fue en la privacidad de su casa donde les desarrolló más ampliamente el tema (cf. Mc 7, 17-23).

En esta misma intimidad les anunció la maravillosa paradoja del primero y el último en el Reino de los Cielos (cf. Mc 9, 33-37). Y hasta es posible que el niño que tomó entre sus manos para poner el ejemplo de humildad en aquella ocasión, fuera uno de los hijos de Simón Pedro que correteaba por la habitación.

Una amarga despedida

Cuando Jesús vio que su hora se acercaba y que el fin de su vida estaba ya próximo, resolvió abandonar Cafarnaúm, su base de operaciones norteña durante tres años, y emprendió su último viaje a Jerusalén.

Pero antes de partir hizo un balance de su actividad, de sus prédicas, de sus enseñanzas, de sus milagros, de los meses de trabajo empleados en aquella región de Galilea, a la que había dedicado tantos desvelos.

Y vio que la gente de Cafarnaúm y de las otras ciudades vecinas se habían acercado a Él sólo para pedirle luz para sus ciegos, oídos para sus sordos, vida para sus muertos, salud para sus enfermos, y pan para sus estómagos.

Pero, ¿qué había germinado como producto de toda su abundante siembra? Muy pocos se habían adherido de corazón a su “buena noticia” en la región de Galilea.

El balance resultaba, en verdad, deficitario.

Por eso, el día en que se despidió, mientras se alejaba de la ciudad con el alma dolorida, emitió una de sus quejas más amargas: “¡Ay de ti, Corozáin!, ¡ay de ti, Betsaida! Porque si en las ciudades de Tiro y de Sidón se hubieran hecho los milagros que se han hecho en ustedes, hace tiempo que en saco y ceniza se habrían convertido. Por eso, les digo que el día del juicio habrá menos dureza para Tiro y Sidón que para ustedes.”

Pero las palabras más duras las reservó para su preferida, su dilecta, su querida Cafarnaúm, aquella a la que habían llegado a llamar “su ciudad” porque le había dedicado sus mejores atenciones: “Y tú, Cafarnaúm, ¿crees que hasta el Cielo te vas a encumbrar? Hasta el Infierno te hundirás. Porque si en Sodoma se hubieran hecho los milagros que se han hecho en ti, aún existiría. Por eso, les digo que en el día del juicio habrá menos rigor para Sodoma que para ti” (Mt 11, 21-24).

Severas palabras para la que había sido, durante tres años, el domicilio del Hijo de Dios en la tierra.

Recuerdos que no se olvidan

Los compaisanos de Jesús, en realidad nunca se olvidaron de tan ilustre habitante. Poco después de su muerte y su resurrección, cuando estuvieron en condiciones de comprender mejor quién había sido Él y de dónde venía, quisieron conservar para siempre el recuerdo de

la habitación que lo había alojado. Así es como resolvieron convertirla en una sala de culto para las reuniones y la liturgia de los nuevos feligreses cristianos. Debido a que el espacio resultaba insuficiente para la gente que en número cada vez más creciente se daba cita en la casa, decidieron voltear una de las paredes de la habitación, que la dividía de la sala contigua, y ampliaron así la capacidad de la pieza.

Años más tarde, a esta sala venerada se le agregaron nuevas dependencias para mayor comodidad de las celebraciones que en ella se realizaban. La rodearon de una muralla, y formaron con ella un recinto sagrado de forma cuadrada, de unos veintisiete metros de lado.

En el siglo V un nuevo grupo de cristianos, esta vez no de origen judío sino gentil, tomó posesión del edificio, y edificó sobre la casa de Pedro y de las demás construcciones una iglesia. Derribaron todos los muros de la casa (aunque no totalmente, pues la nueva edificación se hizo un metro por encima del nivel anterior), y erigieron encima una construcción octogonal, de tal modo que exactamente el centro de esta nueva iglesia pasó a ser la antigua casa de Simón Pedro.

Los peregrinos que en esta época pasaron por Cafarnaúm, cuentan haber visto estos edificios.

En torno al año 900, los habitantes empezaron a abandonar poco a poco y pacíficamente el pueblo para trasladarse a otros lugares, ya que las condiciones económicas y del comercio habían cambiado. Fue entonces cuando la iglesia, la sinagoga y las demás casas privadas fueron cayendo lentamente en ruinas. Y un manto de olvido y de silencio se apoderó de la villa de Jesús.

Sólo en el presente siglo la arqueología la volverá a sacar a la luz, para mostrarnos sus secretos, y contarnos los recuerdos que escondía de la vida cotidiana del Maestro.

Devolviendo los regalos

A la luz de las excavaciones arqueológicas podemos constatar que las descripciones que traen los evangelios no son narraciones abstractas, sino que conservan un verdadero substrato histórico. Y que mu-

chos detalles que ellos relatan tuvieron un origen geográfico e histórico bien precisos.

Jesús, al comenzar su vida pública y tener que abandonar Nazaret, su ciudad natal, podía muy bien afirmar aquello de que el Hijo del Hombre no tenía dónde reclinar la cabeza (cf. Lc 9, 58). Para que este exilio voluntario de su patria le resultara más llevadero y menos duro al Maestro, Simón Pedro, el humilde pescador de Cafarnaúm, quiso ofrecerle lo mejor que tenía. Así fue como le prestó gentilmente una parte de su casa para que se hospedara, lo acogió en su círculo familiar, y buscó proveer a todas sus necesidades.

Pero Jesús no es de olvidar favores. Por eso después de resucitar, quiso darle Él una casa a Pedro. No ya una parte, sino toda una casa, una nueva e inmensa casa, el hogar de los cristianos, la Iglesia. Se la entregó, y lo puso al frente de ella como fundamento y como pastor máximo.

El día que se la confería (cf. Jn 21, 15-17), Simón Pedro pudo comprobar que era cierto lo que una vez le había dicho el Señor en respuesta a una pregunta suya: "por haberlo dejado todo por mí, Pedro, por haberme dado tu casa y tu familia, dentro de no mucho vas a recibir cien veces más en casas, hermanos, padres, hijos y bienes familiares" (cf. Mc 10, 28-31).

Después añadió: "Y un día te voy a llevar a la vida eterna." Esto último también lo cumplió.



Los Evangelios no mencionan el lugar donde fue degollado Juan el Bautista, pero por otro escritor judío sabemos que fue en la fortaleza de Maqueronte, sobre la margen oriental del Mar Muerto.

Los descubrimientos arqueológicos realizados en esta fortaleza muestran una coincidencia asombrosa con los datos evangélicos, a la vez que permiten aclarar algunos aspectos de los relatos sobre el Bautista.

La Perea, gloria y vergüenza

La región que se encuentra al este del río Jordán puede considerarse como la vertiente oriental de la Tierra Santa. Su zona sur, aunque no es mencionada en las Sagradas Escrituras tiene un nombre propio, Perea, y a ella aluden varios pasajes evangélicos al hablar del gran número de gente que acudía de allí a Galilea para escuchar la prédica de Jesús (cf. Mc 3, 7-8). También Él y sus discípulos pasaron por Perea en su viaje a Jerusalén, donde se detuvo a predicar (cf. Mc 10, 1).

Pero la Perea está ligada sobre todo a los recuerdos de Juan el Bautista, el precursor de Jesús, el cual predicaba y bautizaba a la gente en la región allende el Jordán (cf. Jn 1, 28; 10, 40).

Sin embargo, este mismo territorio que había visto crecer su fama, que presenció que las multitudes corrieran hacia Él arrastradas por su prédica, que lo vio convertirse en una fuerza moral de primer orden atrayendo gente desde Jerusalén, Judea y la lejana Galilea, tuvo también la fúnebre ocasión de contemplar su muerte. Tuvo lugar en el interior

de una fortaleza llamada Maqueronte, ubicada en el límite sur de la Perea, y fue una de las muertes más absurdas que registra la historia: provocada por la lascivia de un sensual tirano en el transcurso de un frívolo festín.

Pero este bastión sufrió un final más vergonzoso todavía bajo el asedio de las legiones romanas unos cuantos años después de la muerte de Cristo. Luego de conquistarla, las tropas imperiales la destruyeron tan completamente, casi al ras del suelo, que hoy es difícil imaginar en la cima de aquella roca fuerte, pelada, que se elevase alguna vez un suntuoso palacio.

Y desde el año 72 hasta hoy, Maqueronte se convirtió en la "Fortaleza decapitada".

Un peligroso orador

Después de treinta años de vivir en la penumbra, Juan había aparecido repentinamente en público, unos seis meses antes que su pariente Jesús (cf. Lc 3, 1-2).

Todo este tiempo lo había pasado en el desierto, llevando una vida austera y solitaria. Pero ahora había decidido romper el silencio y presentarse públicamente. Lo hizo al estilo de los viejos profetas, vestido de piel de camello y con un cinto de cuero, mientras seguía alimentándose de langostas y miel silvestre, producto de aquella usanza por él seguida en sus largos años de soledad.

¿Cuál era el mensaje de este severo predicador? Todo su anuncio se resumía en esta admonición: "El Reino de Dios está ya a las puertas, cambien de modo de pensar" (Mt 3, 1).

En efecto, proclamaba el arrepentimiento por los pecados de la vida pasada y un cambio de conducta, de manera que se transformara totalmente el interior del hombre. A cuantos aceptaban la conversión, como señal les pedía que confesaran las faltas cometidas y aceptaran un lavado exterior: el bautismo en el río.

Por ello, Juan desarrollaba su ministerio junto al río Jordán, en la zona en que éste desemboca en el Mar Muerto; allí podía practicar con comodidad su ceremonia de las abluciones en el agua, que le va-

lieron el célebre apelativo de "el Bautista". Pero a veces por la abundancia de lluvias, las orillas del río se tornaban fangosas, o la corriente peligrosa, y entonces se trasladaba a un amplio y tranquilo brazo del río sobre la margen oriental, cerca de una localidad llamada Betania (cf. Jn 1, 28) (fig. 1).



Fig. 1: Palestina en tiempos de Juan el Bautista. La Galilea, al norte, y la Perea, al este del río Jordán, estaban bajo el gobierno de Antipas, mientras que la zona central, es decir Samaria, Judea e Idumea, estaban gobernadas por procuradores. Cerca de la desembocadura del río Jordán en el Mar Muerto, sobre la margen derecha, estaba la localidad de Betania, donde Juan bautizaba. Más al norte, en la región oeste de la Decápolis, quedaba Ainón, su segunda sede. Las fortalezas de Herodes, de sur a norte, eran: Masada, Herodión, Hircanium, Cipro y Alexandreion, todas al occidente del Jordán. La única oriental era Maqueronte, en la Perea, donde fue martirizado Juan.

La gente que lo escuchaba hablar quedaba magnetizada por sus encendidos discursos y su envergadura moral, y acudían de todos los rincones del país para oírlo y hacerse bautizar.

No así los fariseos y saduceos. Estos veían con creciente preocupación al nuevo orador, el cual no les resultaba de su agrado, pues llevaba a todo el pueblo tras de sí y no pertenecía al partido de ellos. Por eso, buscaban la manera de desembarazarse de tan molesto personaje.

El escándalo que nadie denunciaba

La cosa quizás no habría llegado a concretarse, de no haber mediado un episodio circunstancial. Todo comenzó con el viaje que Antipas, hijo del rey Herodes y heredero como tetrarca de la Perea y la Galilea, emprendió a Roma, la capital del Imperio. Allí conoció a una mujer, Herodías, que por entonces era su cuñada, es decir la esposa de su hermano Filipo.

Desde hacía tiempo que Filipo se hallaba recogido en la tranquilidad de la vida privada, mientras que Herodías, codiciosa de carácter y excesivamente anhelante de ambiciones, no se resignaba a aquella existencia oscura. Habiéndose, pues, encontrado con el poderoso Antipas, la vanagloria por una parte, la pasión por otra, se pusieron de acuerdo en que ella abandonaría a su marido y se iría con su cuñado, y que éste apenas llegado a Galilea, despediría a su actual mujer.

El hecho produjo gran escándalo en el país, y los súbditos de Antipas no hicieron sino murmurar indignados por la descarada violación de las leyes nacionales y religiosas, las cuales censuraban la unión con la esposa del hermano como cosa impura.

Pero si bien duras y muy difundidas, las murmuraciones eran solamente secretas porque ninguno se atrevía a enfrentar directamente las iras del monarca, y especialmente el celoso furor de su adúltera e incestuosa concubina.

Por la mujer de su hermano

Una sola persona tuvo el atrevimiento de encarar con audacia a Antipas, y fue Juan el Bautista. El miedo no lo arredró a la hora de denunciar las inmoralidades palaciegas. La ocasión la encontró en una de las frecuentes pasadas que el gobernante hacía desde Tiberíades, la capital de su reino ubicada sobre la costa oeste del lado de Galilea, hasta Maqueronte, su palacio-fortaleza de descanso. Debía pasar inevitablemente por la Perea donde bautizaba Juan, y éste sin contempla-

ciones le espetó en público: "Antipas, a ti te digo: no te es lícito vivir con la mujer de tu hermano" (Mc 6, 18).

Semejantes palabras no pudieron menos que sacudir profundamente a su mujer Herodías, quien a pesar de la gran popularidad de la que el Bautista gozaba frente al pueblo y frente al mismo Antipas, que lo apreciaba y admiraba sinceramente, influyó sobre su marido para que lo hiciera encarcelar.

Aquellas palabras debieron de estar entre las últimas de Juan. Algunas semanas más tarde, el austero censor de la corte terminaba prisionero en Maqueronte.

Capturado con traición

Es difícil que los fariseos no tuvieran nada que ver con este prendimiento, y que no participaran, al menos, oculta e indirectamente. Probablemente, queriendo deshacerse del fastidioso y popular reformador, se valieron con astucia del rencor que la corte de Antipas abrigaba contra él, a fin de influir decisivamente en el tetrarca para aprehenderlo. Así se explicaría la manera cómo lo pudieron prender.

En efecto, cuando Juan vio que el territorio de la Perea donde él bautizaba se le volvía cada vez más reiso gozo por pertenecer a la jurisdicción de Antipas, cambió de lugar y se fue a bautizar a Ainón, unos treinta kilómetros al sur del lago de Galilea, pero en la margen occidental, y por lo tanto, fuera de su área de influencia, en un distrito libre llamado la Decápolis (cf. Jn 3, 23). Allí el tetrarca no tendría posibilidad de arrestarlo.

Pero como este lugar se encontraba de todos modos peligrosamente rodeado por dos regiones suyas, la Galilea y la Perea, es de suponer que fue fácil atraer a Juan a alguna de aquellas jurisdicciones mediante un pretexto hábilmente presentado por intermediarios fariseos, y luego entregarlo a los esbirros de palacio.

Esto explicaría que Mateo al hablar del prendimiento de Juan no diga que fue "apresado" como traducen algunas Biblias, sino que utilice la palabra griega *paredoze* que significa "entregado" (Mt 4, 12), y por lo tanto traicionado.

A partir de aquel momento en alguna dependencia de Maqueronte Juan languideció durante muchos meses en extenuante espera.

Las fortalezas del desierto

Maqueronte fue construida sobre la cumbre de una montaña que se eleva a 700 m cerca de la costa este del Mar Muerto. Ya su nombre presagiaba amenaza, pues deriva del griego "májaira" que significa "espada", "muerte", y formaba parte de una serie de seis fortalezas edificadas en el desierto por el rey Herodes, padre de Antipas. Las otras eran: Cipros, cerca de Jericó, llamada así en honor de su madre; El Herodium, al sur de Belén, que sería más tarde el lugar de su sepultura; Masada, en la orilla occidental del Mar Muerto; Hircanion, al este de Jerusalén; y el Alexandreion, al norte de Jericó. Algunas de ellas ya existían con anterioridad, pero el monarca, célebre en el país por sus obras de construcción, las reforzó y embelleció extraordinariamente.

Esta manía de Herodes de construir suntuosos palacios en los que no escaseaba ninguna comodidad, le venía de su educación en Roma donde se había acostumbrado a las piscinas, termas, amplios baños y salas de recreación. Por ello, se caracterizaban por estar dotados de sistemas que proveían agua abundantemente a pesar de hallarse en zonas desérticas. Pero fundamentalmente estas acrópolis constituían un objetivo militar en caso de ataque enemigo. La historia judía nos muestra cuán útil resultaron en las sublevaciones contra el imperio romano.

A la muerte de Herodes el grande, su reino fue dividido entre sus hijos. A Antipas le tocaron dos regiones: la Galilea en el norte y la Perea al oriente. Y debido a que cinco de aquellas fortificaciones se encontraban en la margen occidental del Jordán, a éste le correspondió solamente una: precisamente Maqueronte.

Por eso no extraña que justamente aquí, en donde existía la máxima garantía de seguridad, haya venido a parar el augusto prisionero.

Evangelio y arqueología

El Evangelio no ha querido conservar el nombre de la vergonzosa prisión del Bautista. Será otro escritor judío, contemporáneo de Jesús, llamado Flavio Josefo, quien nos dirá que fue Maqueronte.

Esta información, además de muchos otros preciosos datos que el escritor da de la fortaleza, han permitido identificarla en el actual país árabe de Jordania, y realizar excavaciones en sus desoladoras y no muy abundantes ruinas. El éxito que acompañó la empresa de los arqueólogos ha permitido comprobar la exactitud de las descripciones de Flavio Josefo.

Y lo que es más importante aún, estas excavaciones han arrojado nueva luz sobre los Evangelios, de manera que ha podido descubrirse una asombrosa coincidencia entre las conclusiones de la arqueología y lo que los evangelios cuentan sobre las vicisitudes de Juan.

Una ambigua posición

Había elegido bien Herodes al edificar su fortaleza sobre esta elevación. Se erguía majestuosa entre dos profundísimos valles que corren a sus pies por el norte y el sur, y en menor grado por el este. Este aislamiento del entorno montañoso constituía una barrera protectora que la volvía casi intomable en un supuesto asedio (fig. 2).

Pero no había sido este rey el primero en concebir la idea de alzar un bastión en este lugar. Ya un monarca precedente en el trono de Judea, Alejandro Janeo, que gobernó el país entre los años 103 y 76 a. C. había adivinado su ventajosa posición al sur de la Perea. Y hacia el año 90 a. C. se dio a la tarea de levantar una fortaleza. Sin embargo, tuvo una vida breve, pues treinta años más tarde, cuando el general romano Pompeyo tomó el país, ordenó a uno de sus legados que la abatiera.

Herodes el Grande, hacia el 30 a. C., sobre las ruinas de la anterior, hizo levantar una segunda fortaleza más lujosa, espléndida y rica que la de Alejandro Janeo, que nada tenía que envidiar a aquellas que había conocido en Roma.

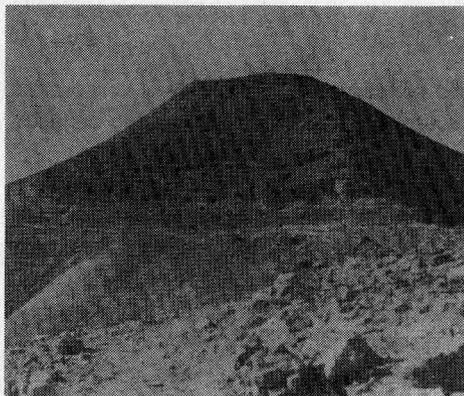


Fig. 2: Maqueronte, el palacio-fortaleza construido en la cima de la montaña por el rey Herodes, y heredado por su hijo Antipas. Aquí fue encerrado Juan el Bautista, y luego decapitado a pedido de Herodías durante una fiesta. Sus pronunciadas laderas lo volvían casi invulnerable en caso de asedio. Una especie de sendero que se ve demarcado a la derecha es la base que resta del acueducto que llevaba el agua hasta las cisternas de la fortaleza.

Fue este edificio el que heredó Antipas, hijo de Herodes, simultáneamente con una parte del reino de su padre. Y en él fue donde ocurrieron los ignominiosos sucesos de Juan el Bautista.

Pero a pesar de su ubicación privilegiada, no constituía un baluarte perfecto, ya que desde el punto de vista estratégico Maqueronte tenía su talón de Aquiles. Era justamente la vertiente occidental de la montaña, que al no caer a pique como las demás laderas sino en suave pendiente, permitía un acceso más fácil a la cima en caso de ataque. No sorprende que cuando la asediaron los romanos en su batalla final del año 72, iniciaran precisamente en la ladera oeste la construcción de una rampa, la cual habría permitido a las legiones llegar hasta las murallas de la ciudadela si los asediados no se hubieran rendido.

Además de su endeblez occidental, Maqueronte tenía otra desventaja estratégica: a pesar de ser una montaña, estaba rodeada a lo largo de tres lados por montes más altos, desde cuyas cumbres el enemigo podía fácilmente observar y controlar cada movimiento en el interior de la fortaleza. Sobre las alturas de estos montes circundantes colocaron los romanos los campamentos militares que más tarde la doblegarían.

Escuchando con gusto a su acusador

La fortaleza-palacio medía 100 m de este a oeste, y 60 m de norte a sur. Una vasta muralla defensiva encerraba toda la cima de la montaña cubriendo una espaciosa área de 4.500 m². Cuatro gallardas torres, que se alzaban 30 m del suelo, montaban guardia una en cada flanco de la colina (fig. 3).

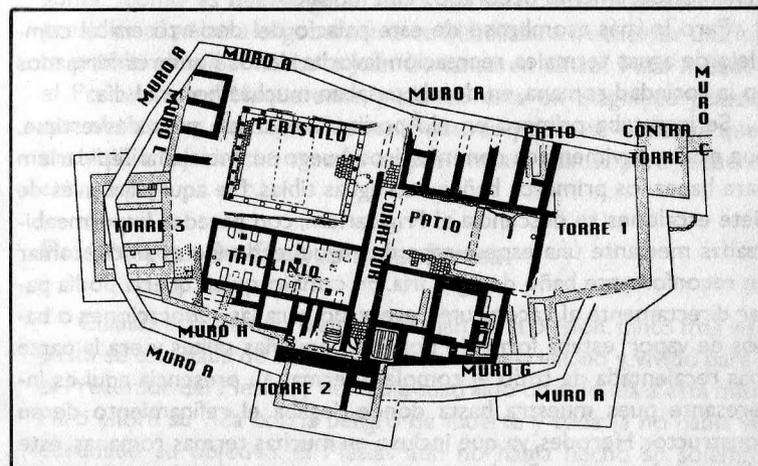


Fig. 3: La fortaleza-palacio de Maqueronte, construida sobre la cima de la montaña. Tenía 100 m de largo y 60 m de ancho. Una fuerte muralla (muro A) la protegía en caso de ataque. Estaba dividida en dos secciones por un corredor central. A la derecha de él estaban las termas. A la izquierda, el comedor, frente a un amplio patio de columnas. Cuatro torres de 30 m de altura la defendían.

En el interior de las murallas, las soberbias dependencias del palacio hacían las delicias de Antipas y de cuantos eran invitados por él a banquetear.

Allí la arqueología sacó a la luz un corredor con piso empedrado, que atravesaba de punta a punta el palacio a lo largo de 43 m y lo dividía en dos grandes bloques: el complejo este y el complejo oeste.

En el sector oriental fue descubierto un ancho patio rectangular abierto al aire libre y pavimentado cuidadosamente con losas. Una serie de canales recogían diligentemente el agua de lluvia, elemento especialmente precioso para una fortaleza como Maqueronte, ubicada en una región donde las precipitaciones eran escasas. A la derecha del patio fueron excavados dos amplios salones que probablemente servían de recepción a las amistades que Antipas frecuentemente homenajeara con fiestas o invitaciones a pasar temporadas. Los salones estaban fastuosamente decorados con mosaicos.

Pero lo más asombroso de este palacio del desierto era el complejo de aguas termales, recreación favorita de los hombres formados en la sociedad romana, en donde pasaban muchas horas al día.

Se ingresaba primero en el Apoditerium, o sala para desvestirse, que estaba pavimentada con mosaicos. Luego se entraba al Tepidarium para hacer los primeros baños con aguas tibias. De aquí y a través de siete escalones se descendía al Frigidarium, con paredes impermeabilizadas mediante una espesa capa de revoque, donde se podía tomar un reconfortante baño de agua fría. En cambio, quien quería podía pasar directamente al Laconicum, reservado para las sudoraciones o baños de vapor; estaba formado por dos pequeñas salitas y era la parte más recalentada de todo el complejo termal; su presencia aquí es interesante pues muestra hasta dónde llegaba el refinamiento de su constructor, Herodes, ya que incluso en muchas termas romanas, éste falta completamente. Finalmente, quien quería evitar el Laconicum, podía ingresar directamente en el Caldarium, amplio salón de paredes decoradas con estuco pintado multicolor, en donde se tomaban, entre tertulias, los baños de agua caliente.

Las demás habitaciones del sector oeste, los restos de columnas, un vidrio con una inscripción griega que invitaba a beber vinos prelibados traídos de la lejana Italia, los almacenes de provisiones, las elegantes ánforas, los platos nabateos de bordes finísimos, las jarras, los vasos y los ornamentos femeninos, hallados todos en las excavaciones, dan una muestra del magnífico esplendor del cual gozaba este palacio.

Así se entiende que frecuentemente y de muy buen grado viniera Antipas a pasar temporadas con sus amigos, deglutiendo enjundiosos

manjares con abundantes libaciones de vinos en la molición de sus salones, y divirtiéndose con mujeres.

Mientras tanto, Juan el Bautista agonizaba en alguna parte de Maqueronte, impedido de hablar.

Todo esto permite una nueva perspectiva para los pasajes evangélicos del cautiverio. Cuando Marcos detalla que Antipas, a pesar de haber encarcelado a Juan, lo respetaba como hombre justo y santo, y que lo oía perplejo y lo escuchaba con gusto (cf. 6, 20), uno se pregunta: ¿cómo es que el gobernante iba a la cárcel a platicar con un presidiario? ¿Acaso el gobernante se humillaba a frecuentar una infecta prisión para oír hablar a Juan de tanto en tanto? Pero hallándose el Precursor en Maqueronte, y siendo éste un magnífico palacio al que el tetrarca no dejaba de venir cuando podía, se entiende que en sus visitas haya hecho traer a su presencia a Juan... para escucharlo con gusto.

Prisionero de fáciles relaciones

Cuanto más tiempo transcurría Juan en la prisión, tanto más su espíritu se estrujaba de vibrante espera: él había nacido y vivido para ser el Precursor del Mesías, y no había sustraído un solo día a esta misión. Pero ahora su vida corría peligro de muerte y todavía no había visto coronado su objetivo. El Mesías aún no había hecho su solemne y grandiosa manifestación.

Le permitían recibir en la prisión a los discípulos que aún le permanecían fieles y que no habían querido pasarse al bando de Jesús como lo habían hecho otros. Mediante las noticias que recibía de sus visitantes, Juan seguía los progresos que Jesús hacía en su ministerio y los milagros que operaba. Pero le preocupaba que en ningún momento se hubiera proclamado Mesías; más aún, prohibía severamente que lo llamaran con tal nombre.

¿Por qué el hijo de María postergaba tanto su proclamación? Sólo con esta solemne declaración su oficio habría concluido para siempre, mientras que sin ella habría quedado como el Precursor de alguien que en realidad nunca se había presentado.

¿Acaso le quedaba algo más por hacer desde la prisión?

Un día tomó la resolución. Desde Maqueronte envió a dos de sus discípulos a decirle: “¿Eres tú el que ha de venir o debemos esperar a otro?” (Lc 7, 18-19), pregunta que obligaría sin duda a una más precisa manifestación de Jesús. No podría negar en público esta cualidad suya, y de paso sus discípulos, al oírlo, abandonarían su desconfianza y recelo con Jesús y se adherirían a Él.

La respuesta de Jesús fue distinta de la esperada por Juan. No dijo que “no”, lo cual era imposible, pero tampoco dio el explícito y claro “sí”. Simplemente contestó: “Díganle a Juan que los ciegos ven, los paralíticos caminan, los leprosos son sanados, los sordos oyen, los muertos resucitan y los pobres reciben la buena noticia” (Lc 7, 22).

A este punto del relato, es claro que, aunque Juan era tenido bajo estrecha vigilancia en la prisión, nada obliga a imaginarlo encadenado en un oscuro subterráneo, segregado de todo y de todos como generalmente se piensa. Al contrario, podía recibir a sus discípulos y hablar libremente.

Por ello, se plantea otra cuestión: ¿Viajaba frecuentemente este reducido grupo de sus adeptos desde Judea hasta Maqueronte, fortaleza de frontera? ¿Recorrían decenas de kilómetros por la desértica y montañosa zona de la Transjordania sólo para escuchar un momento alguna palabra suya, traerle noticias, y regresar? ¿Recibían con facilidad el permiso de entrada estos hombres en el palacio-fortaleza, donde tenía domicilio obligado el Bautista?

Todos estos interrogantes pueden responderse afirmativamente. Pero la arqueología ofrece también otra solución.

Ya Flavio Josejo escribía que junto a la fortaleza existía además una “ciudad baja” a un costado de la montaña, fortificada con murallas y torres, que se extendía en una vasta área, y unida a la fortaleza por una “calle en subida”. Pero no dice claramente en qué vertiente del monte estaba, y ningún explorador ni visitante que fue a Maqueronte halló jamás restos de la tal ciudad. Por lo tanto, se pensaba que era uno de los tantos datos inverosímiles del escritor judío.

Sin embargo, en una de las campañas arqueológicas, excavando en la pendiente nordoriental, la más empinada y menos adaptada para

construir habitaciones, entre los escombros y piedras arrojados desde la cima por los romanos, aparecieron dos torres, las murallas y restos de casas de la famosa “ciudad baja”, a mitad de montaña. Un análisis de sus ruinas señala que por momentos la destrucción de los soldados romanos fue tan radical que es difícil seguir el trazado de los muros. Estos se elevaban unos veinte metros y se extendían, formando un triángulo y encerrando la ciudad a lo largo de 250 m. Incluso se logró identificar la renombrada “calle de subida”, corriendo paralelamente a una de las murallas que trepaba hasta la cima. Flavio Josefo tenía razón: la “ciudad baja” existe y se ve. Su nombre era también Maqueronte (fig. 4).

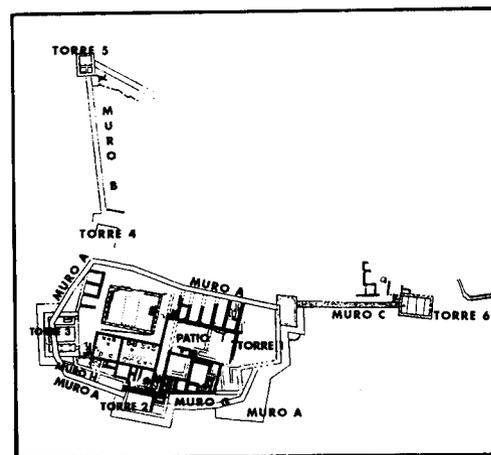


Fig. 4: Sobre la pendiente nordeste de la montaña estaba construida la “ciudad baja” de Maqueronte. Por las ruinas de las murallas, que se ven en el dibujo, éstas formaban un triángulo dentro del cual surgían las casas particulares. Dos torres menores en los ángulos la defendían. Cerca de éstas, restos de las casas. Junto al muro de la derecha, el “camino de subida” que comunicaba la ciudad con la fortaleza superior.

Ahora bien, si Maqueronte no era una simple fortaleza sino también una ciudad, y teniendo en cuenta la gran popularidad que Juan despertaba en las masas, no parece temerario sugerir que justamente en la “ciudad baja” existieran simpatizantes, e incluso verdaderos discípulos del Bautista. De ahí la facilidad con la que éstos podían contactarse con él.

Queda también más claro cómo la triste noticia de su muerte, llevada a cabo en un banquete privado y con el pesar de Antipas, fue fácilmente conocida por sus discípulos, los cuales vinieron a buscar su cuerpo y lo sepultaron (cf. Mc 6, 29).

Ella entraba y salía con motivos

Un día de un mes del año 28, le llegó a Juan el tiempo de morir. Antipas se entretenía gustosamente con el venerado prisionero, y no quería su muerte. La buscaba en cambio Herodías, que veía en él a un tenaz opositor y a un detractor mordaz.

Un hecho inesperado hizo prevalecer la astucia y el rencor femenino: la fiesta de cumpleaños de Antipas (cf. Mc 6, 17-29). A festejo tan solemne había invitado a todos los magnates y principales de su teocracia. La ocasión era inmejorable para que Herodías obtuviera aquello que había añorado tanto.

Del anterior matrimonio con su exmarido, y ahora entrañablemente cuñado Filipo, Herodías tenía una hija cuyo nombre no han querido tampoco eternizar los Evangelios, pero que por Flavio Josefo sabemos que era Salomé, la cual había aprendido a bailar de un modo excelente en la capital del imperio.

Cuando el sopor del vino y de la lujuria habían ya anegado los cerebros, la madre envió a la hija a bailar, y la hija se comportó egregiamente. Con sus piruetantes piernas que levantaba a diestra y siniestra hizo delirar a aquellos embotados, de un modo particular a Antipas, que podía sentirse ancho delante de su corte oriental. El arrobamiento del gobernante fue tal que hizo llamar ante él a la bailarina, todavía agitada y sudorosa, y le dijo: "Pídeme lo que quieras y te lo daré." Y para mayor pompa juró: "Aunque sea la mitad de mi reino, te lo concederé." Entonces, la hija, por instigación de su madre, pidió la cabeza del prisionero.

También sobre este particular la arqueología tiene un aporte que ofrecer. En efecto, el más asombroso y conmovedor descubrimiento realizado en el palacio de Maqueronte fue el famoso "triclinio", es decir, el comedor en donde tuvo lugar este torpe banquete, y adonde la

cabeza exangüe, pero todavía caliente fue traída sobre una bandeja a la bailarina.

El fatídico triclinio, que se hallaba ubicado en la parte oeste, era el ambiente más vistoso de todo el palacio. Se extendía de este a oeste a lo largo de 25 m y con un ancho de 9,50 m. Columnas con capiteles jónicos regían el techo, mientras las paredes estaban finamente decoradas con una gran variedad de estuco.

Un sólo detalle en todo este ambiente, punza extrañamente la atención, y es que no se halló solamente un comedor... sino dos.

Efectivamente, restos de una pared dividen el triclinio en dos partes, adyacentes pero independientes, una más larga de 15 m y otra más pequeña de 10 m. ¿Qué significa esta separación? La interpretación más plausible es que la sala rectangular mayor estaba reservada para los hombres, mientras la más pequeña cuadrada era para las mujeres.

Se sabe que en el mundo antiguo, especialmente entre los semitas, los hombres y las mujeres comían separadamente. Pero esta usanza, ¿era respetada por la familia real de los Herodes? El descubrimiento en Maqueronte de los dos triclinios da una contundente respuesta a este interrogante y, lo que es más, le da al relato de Marcos una viveza impresionante. Según el evangelista, durante el banquete la hija de Herodías, "entra" en el comedor de los hombres para bailar (cf. 6, 22). Luego "sale" para pedir consejo, a su madre (6, 24). Nuevamente "entra" en la sala para pedir al tetrarca la cabeza de san Juan el Bautista (cf. 6, 25). Este ir y venir de Salomé, subrayado tres veces en el relato, era comúnmente tenido por los exégetas como una simple invención literaria para dar dinamismo y movimiento a la escena. Ahora, en cambio, se ha mostrado, tremendamente real (fig. 5).

Por un banquete y una danza celebrados en este doble comedor, el hijo de Zacarías e Isabel, había dejado de existir.

El por qué de un "qué cosa"

Cuando Antipas vio entrar a Salomé para bailar delante de sus amigos, se sintió altamente entusiasmado. Sus convidados eran todos gente provinciana y ansiosa de ponerse al día de los últimos refinamien-

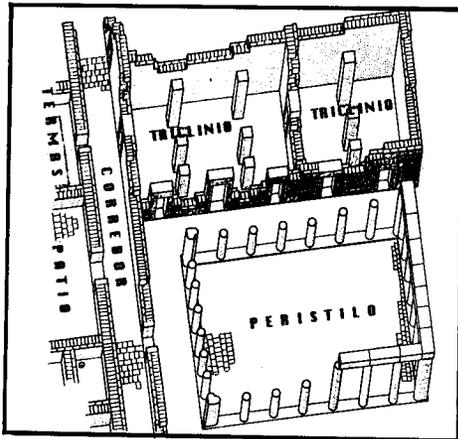


Fig. 5: El famoso "triclinio" o comedor de la fortaleza. Era el ambiente más vistoso de todo el palacio. Estaba dividido en dos partes: una, la más grande, para los hombres. Y otra, más pequeña, para las mujeres. Ambas estaban comunicadas por una puerta, por la que entraba y salía Salomé el día del banquete. La reconstrucción está hecha sobre la base de los restos hallados en la fortaleza.

tos de la alta sociedad metropolitana. Con semejante espectáculo de una graciosa bailarina formada en el exquisito ambiente romano, su corte se mostraba superior a las demás orientales; sólo en ella se daban exhibiciones propias de la lejana Italia.

El ablandamiento del anfitrión, al que ayudó también el abuso de la comida y la bebida, llegó a tal punto que es posible comprender la fabulosa promesa que hiciera a Salomé: de satisfacer cualquier deseo suyo, aunque éste fuera el de la mitad de su reino. Lo que no es tan fácil de comprender es la pregunta que la muchacha dirige a su madre: "Mamá, el rey está dispuesto a darme hasta la mitad de su reino, y lo ha jurado públicamente. ¿Qué cosa puedo pedir?" Una joven de unos 16 ó 17 años, como se piensa generalmente, o como la representa el arte que ha inmortalizado la fatídica escena, y como parece deducirse del vocablo "muchacha" con que traducen nuestros Evangelios, ¿no sabe acaso qué pedir? ¿O es que entre los frenéticos aplausos de los invitados y la exuberante oferta del tetrarca, la bailarina se volvió una inexperta y extraviada niña? Resulta desconcertante que una joven que tiene la posibilidad de enriquecerse sobremanera en un instante, con tamaña propuesta acuda a su madre, y para peor, termine pidiendo

algo que para ella no tiene ningún valor, aunque sí para su progenitora. ¿Por qué esta dependencia de Salomé con Herodías? ¿Qué edad tiene Salomé?

Para comprenderlo hay que tener en cuenta que Marcos usa la palabra griega *korásion* para referirse a ella, traducida normalmente por "muchacha" o "joven". Pero al narrar la resurrección de la hija de Jairo, dice expresamente que Jesús resucitó a la *korásion*, y que ésta tenía doce años (cf. 5, 42). De este modo el panorama se aclara. Salomé tenía esa edad, y era lógico que se sintiera apabullada ante la oferta de Antipas y dejara la respuesta en manos de su madre.

La consternación de Antipas al oír el pedido no impidió que todo se desarrollara con la máxima naturalidad, como si la niña hubiera perdido que le alcanzaran una fruta madura, pendiente de un árbol.

Un verdugo cortó la cabeza de Juan, y se la entregó a la bailarina. De las manos de la niña, a quien no le interesaba en absoluto, aquella cabeza todavía chorreando sangre, pasó a las manos de su madre, a quien le interesaba muchísimo.

Según una tardía tradición, la adúltera habría desahogado su odio perforando con una aguja la lengua de aquella cabeza, la única que había tenido el atrevimiento de denunciar su corrupción en público.

Los últimos días de Maqueronte

Muchos años después de la muerte de Antipas, en el año 66, estalló una sublevación de los judíos contra el poder opresor de los romanos. Había sido instigada por la facción de los "zelotes", fanáticos nacionalistas que odiaban la autoridad imperial romana.

Roma no se hizo esperar, y al frente del general Vespasiano las legiones desembarcaron en Palestina. Después de cuatro cruentos años de guerra, los romanos lograron conquistar la capital Jerusalén, pero durante bastante tiempo aún quedaron esparcidos por el país algunos focos de insurrección, precisamente en las bien pertrechadas y estratégicas fortalezas construidas por Herodes: el Herodium, Masada y Maqueronte. Los fanáticos zelotas se habían atrincherado en ellas y podían resistir muchos meses.

Poco a poco, los centros de resistencia fueron también ocupados por las legiones. Hasta que en el año 72 le tocó el turno a Maqueronte.

En primer lugar, los soldados romanos construyeron en torno a la montaña un muro de circunvalación con el fin de cortar la retirada de los judíos y así evitar que pudieran escapar con vida. Ya toda esperanza de evasión o de aprovisionamiento quedaba esfumada. El tiempo de la *dolce vita* había entrado en su ocaso drásticamente, mientras desde las alturas aledañas los legionarios podían espiar cada movimientos de los asediados.

Las termas empezaron a emplearse para uso doméstico. En el pavimento de mosaico del Apoditerium se cavaron hornos para cocinar. En el Frigidarium se almacenaron morteros para el grano y utensilios de cocina. Las salas de recepción sirvieron para amasar proyectiles.

No sólo se habían encerrado judíos en Maqueronte, sino también población extranjera de la Palestina que buscaba huir de la furia romana. Y ocurrió que durante el asedio los judíos resolvieron separarse de los que no lo eran, y obligaron a éstos a ocupar la ciudad baja, que en realidad era la más expuesta a los peligros, mientras ellos ocupaban la fortaleza superior. Pero llegaron a un acuerdo para que, sea que los judíos resistieran hasta la muerte, sea que se rindieran, lo comunicaran a la ciudad baja para que hicieran ellos lo mismo.

Mientras tanto, los romanos habían comenzado a rellenar la no muy marcada pendiente oeste de la montaña, para iniciar la construcción de una rampa y poder arribar con facilidad hasta las murallas. Cada día que pasaba, el terraplén artificial se acercaba amenazante, con miras al ataque final. Pero a diferencia de los zelotas de Masada, que prefirieron morir antes que rendirse, aquellos de la *dolce vita* de Maqueronte, tenían en altísimo precio sus vidas, y finalmente decidieron entregar la fortaleza, a la vez que traicionar a sus aliados.

Cuando los habitantes de la ciudad baja se enteraron de la rendición e intentaron huir, fueron los mismos zelotas quienes advirtieron de esta maniobra al general romano. Así, sobre estos pobres desgraciados se abatió con mayor dureza la hecatombe, mientras los pocos defensores de la fortaleza salvaron como premio sus vidas. La arqueo-

logía pudo comprobar que la destrucción de la ciudad baja, en la que murieron 1.500 hombres, fue de una violencia inaudita.

Aun así los romanos no fueron en absoluto clementes con la fortaleza. Una vez tomada, desmantelaron sistemáticamente sus murallas e instalaciones, e hicieron rodar sus piedras por las laderas de la montaña hasta el fondo del valle.

Con la destrucción del año 72 se concluyó el último capítulo de este desventurado bastión, donde las orgías de la vida y de la muerte llegaron a mezclarse, en los mismos ambientes, el frenesí gozoso de la gente complacida y el estertor de los moribundos.

Un gigante entre ruinas

Sobre el fondo tétrico de la innoble fortaleza, la figura del austero profeta vestido de piel de camello y alimentado con langostas y miel silvestre, aparece en absoluto relieve como en un cuadro de contraluces. Su "no te es lícito" adquiere una insólita dimensión y resonancia. Más que una voz que grita, como él mismo se definió, era un trueno que todavía hoy parece retumbar en las esqueléticas ruinas de Maqueronte.

La figura física y moral del Bautista sonó demasiado estridente en aquella mullida atmósfera de palacio. Su simple presencia en él, aunque relegada a algún ambiente subterráneo, fue un continuo desafío para sus voluptuosos habitantes. A punto tal que Antipas, que llegó a reírse del mismo Jesús (cf. Lc 23, 11), tamblaba ante la presencia del inamovible Juan.

En este contexto, habría que leer el elogio que Jesús hizo de Juan, cuando le decía a la gente: "¿Qué fueron a ver en el desierto? ¿Una caña agitada por el viento? ¿O un hombre vestido con ropas elegantes? No. Los que visten magníficamente y viven con molición están en los palacios (Lc 7, 24-25). Y Jesús pronunció estas palabras cuando el Bautista había sido llevado ya al palacio de Maqueronte, donde su rígida figura contrastaba con los que allí vestían y vivían mórbidamente.

Cuando uno visita hoy Maqueronte, un hálito de desolación sale a recibirlo. Es que el único sobreviviente del lugar, y que todavía domi-

na gigante entre un cúmulo impresionante de ruinas, es justamente el decapitado profeta. Lo había intuido Antipas mismo, cuando exclamó: "Juan el Bautista ha resucitado de entre los muertos" (Mc 6, 14).

Por algo había sido el más grande nacido de mujer.



**LA TUMBA DE
LA VIRGEN MARÍA
¿ESTÁ EN
JERUSALÉN?**

Los detalles de la muerte de la Virgen María son uno de los misterios más grandes del Nuevo Testamento. Una antiquísima tradición afirma que ella murió en Jerusalén y fue enterrada al pie del Monte de los Olivos.

Esta creencia fue vista con malos ojos porque venía transmitida por los libros Apócrifos. Hoy los datos de la arqueología confirman que la pequeña tumba que se venera en Jerusalén pudo ser el lecho donde la Inmaculada durmió su breve sueño antes de ser asunta a los cielos.

El valle del fin del mundo

Cuando uno sale de las murallas de Jerusalén y se dirige hacia el este, comienza a descender suavemente hacia un amplio y poco profundo valle, llamado en el Nuevo Testamento “valle del Cedrón”, (es decir “oscuro”). Su nombre le viene porque en sus orígenes era mucho más profundo que ahora, y en las estaciones de lluvia bajaban por él torrentes de agua cenagosa y sucia.

También lo llamaban “el valle de Josafat”, en homenaje al cuarto rey que gobernó en Jerusalén, y que en el siglo IX a. C. había derrotado a una coalición de ejércitos enemigos de Israel.

Será con este nombre que el valle comenzará a volverse célebre. En efecto, alrededor del año 445 a. C. ante la degradación moral y el enfriamiento religioso en los que había caído el pueblo, un novel profeta llamado Joel empezó a anunciar en Jerusalén y sus alrededores la llegada del final de los tiempos. Y localizó en este valle el lugar donde Yahveh reuniría a todas las naciones para juzgarlas y separar los justos

de los pecadores. Para el profeta, Dios había elegido bien el lugar porque precisamente el nombre *Josafat* significa "Dios juzga".

Sus palabras fueron luego recogidas en el libro del profeta Joel (4, 2. 12), y poco a poco fue naciendo la creencia de que un día todos tendríamos que bajar a este valle para escuchar el juicio final de Dios. Con el tiempo el fondo del valle se convirtió en el cementerio más importante de los judíos, puesto que todos querían ser enterrados allí para estar entre los primeros en resucitar cuando sonasen las trompetas del último día. También los cristianos, y más tarde los musulmanes, recogieron esta misma tradición, y hoy el valle abarca los cementerios de estas tres grandes religiones, con miles de tumbas, lápidas y monumentos que cubren una inmensa zona del antiguo torrente.

¿La Virgen tuvo una tumba?

Justamente aquí, en lo más hondo del valle, yace una iglesia subterránea sumida en una mística oscuridad. Para bajar hasta ella hay que atravesar una vetusta puerta de hierro y descender por 47 peldaños unos diez metros, hasta llegar a lo que era el fondo del valle en la época de Jesús (fig. 1).

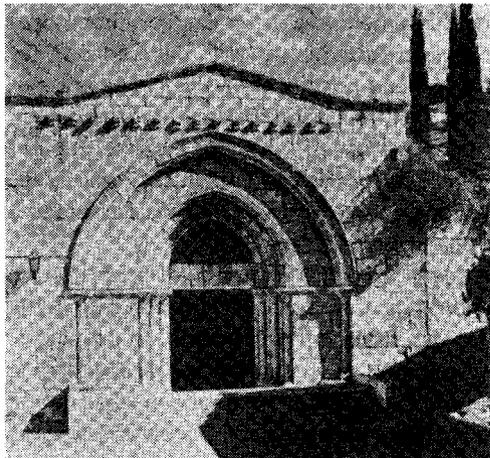


Fig. 1: Entrada a la tumba de María. Luego de atravesar una austera fachada de pesadas puertas, se encuentra uno con la monumental escalera de acceso. Es uno de los ejemplos más bellos de la maestría técnica de los arquitectos cruzados. Este santuario, si bien ha sufrido muchos daños, destrucciones y frecuentes inundaciones del valle del Cedrón, fue siempre el centro de veneración tanto de cristianos como de musulmanes.

Una vez abajo puede verse a la derecha una tumba de piedra en la que según una antiquísima tradición los apóstoles depositaron el cuerpo de la Virgen María luego de su muerte; y de donde su divino Hijo, no queriendo que el cuerpo de su santa Madre sufriera la corrupción, la resucitó y se la llevó a los Cielos, la sentó a su derecha como reina y la coronó de gloria y esplendor.

¿Es posible que esta iglesia-crypta, donde cualquier peregrino puede todavía hoy entrar y recogerse en oración, donde aún se ve el banco de piedra original en el que se habría puesto el cadáver, de la que aún pueden contemplarse las piedras de la antecámara sepulcral, haya sido la última morada de María, y que desde aquí se haya levantado para ascender a los Cielos?

La Biblia no alude para nada al hecho de la ascensión de la Virgen, que constituye un dogma de fe para los católicos. Los pocos detalles que cuenta sobre la vida de María se refieren principalmente al nacimiento e infancia de Jesús. Pero en lo relativo a su muerte callan completamente. No dicen si falleció de muerte natural, o si murió martir por defender la fe de su Hijo. Nada dice de la ciudad en la que murió. No cuenta si alcanzaron a ponerla en una tumba, o si resucitó durante los velatorios. No menciona si los apóstoles estaban presentes cuando Ella subió a los Cielos o si se enteraron del hecho tiempo después al abrir la tumba y descubrirla vacía.

Cuando callan los Evangelios

La última vez que el Nuevo Testamento menciona a María es al regresar los apóstoles del monte de los Olivos, luego de presenciar la impactante ascensión de Jesús a los Cielos. Dice que se reunieron con Ella y unas cuantas personas más para rezar, probablemente en el cenáculo.

De ahí en adelante los libros sagrados no vuelven a decir una sola palabra más sobre Ella. ¿Por qué este aparente desinterés de los escritores sagrados por la Madre de Dios? No se debe a que su vida y su persona carecieran de importancia, sino al hecho de que los evangelistas más bien se habían propuesto escribir en sus libros lo referente

a las palabras y hechos de la vida de Jesús, para demostrar a los nuevos creyentes la naturaleza divina de su Maestro.

Pero existen otros libros antiquísimos, conocidos con el nombre de “apócrifos”, es decir, “ocultos”, escritos muchos de ellos con el fin de satisfacer la curiosidad de la gente, por conocer detalles de la vida de Jesús, de María, de los apóstoles, de san José, de san Pablo y de otros personajes del Nuevo Testamento, no narrados en la Biblia.

Esta profusa literatura surgió en los primeros siglos de la Iglesia, escrita por autores que decían saber lo que los evangelistas no sabían o no habían querido escribir.

Se inventaron muchas anécdotas, a veces ridículas y pueriles, para llenar las lagunas que habían dejado los libros inspirados, sobre la infancia de Jesús, los milagros que hacía cuando era niño, su vida pública, su descenso a los infiernos luego de su muerte, el nacimiento de la Virgen María, su matrimonio con José, su muerte y su ascensión a los Cielos.

Por esta razón los santos Padres y los escritores antiguos rechazaron muchos de los apócrifos y desaconsejaron su lectura.

Además, no pocos de ellos estaban plagados de errores religiosos y de herejías. Desde entonces, en la mente de muchos cristianos, la palabra “apócrifo” pasó a ser casi una mala palabra, un término despectivo para referirse a estos libros siempre sospechosos de herejía. Y al no estar permitida su lectura pública en la liturgia, fueron relegados al ámbito privado, personal, “secreto”. De ahí el nombre de “apócrifos”.

Apócrifos, pero no tanto

Lo cierto es que no todos los libros apócrifos contenían patrañas. Algunos habían sido escritos por hombres de buena fe, que exponían doctrinas rectas y sanas, y que habían recogido tradiciones veraces, algunas de las cuales se remontaban a testigos oculares.

Afortunadamente hoy la palabra apócrifo ya no es más sinónimo de antihistórico o herético, y el ostracismo indiscriminado hacia esta literatura ha dejado de ser legítimo. Algunos de éstos constituyen auténticos documentos de la tradición, cuyo contenido histórico y doctrinal merecen respeto y consideración.

Sobre la muerte de María, su sepultura, su resurrección y ascensión, hay un libro llamado *Tránsito de la Virgen*, del cual nos llegó no un solo ejemplar sino una gran cantidad de versiones, a veces muy heterogéneas y distintas entre sí, y conservado en diversas lenguas: griego, latín, siríaco, copto, etíope, árabe, armenio. Según los estudiosos todos ellos parecen remontarse a un original común, actualmente perdido. Nosotros seguiremos aquí el llamado *Tránsito de la Virgen*, del Seudo Melitón (fig. 2).



Fig. 2: Icono de la dormición de María. La tradición cristiana siempre representó a María, en su último sueño, rodeada de los apóstoles, motivo sacado de los libros apócrifos. En el centro, Cristo que lleva al Cielo a su madre en forma de una niñita cubierta con mortajas.

“Lo que escuché del apóstol Juan...”

El autor dice llamarse Melitón, pero en realidad es un seudónimo. Se trata de un recurso muy frecuente en la antigüedad que consiste en atribuir un escrito a algún personaje importante de la comunidad para darle mayor peso y autoridad. En este caso, Melitón era un venerable Obispo de Sardes, en Asia Menor, que vivió hacia el año 150.

Luego el autor empieza su relato, diciendo haber escuchado de Juan el apóstol lo siguiente:

Pocos años después de la muerte de Cristo, María comenzó a llorar sola en su habitación. Y un ángel se le presentó diciendo:

-Salve, bendita del Señor. Recibe el saludo de Dios. De aquí a tres días serás elevada en cuerpo a los Cielos. Tu Hijo te espera acompañado de los coros angélicos.

María dijo al ángel:

-Te pido, entonces, que se reúnan junto a mí todos los apóstoles del Señor Jesucristo (ya que éstos se habían dispersado en Grecia, Etiopía, Persia y la India llevando el Evangelio).

El ángel respondió:

-Hoy mismo vendrán todos a ti, por el poder de Dios.

Y se retiró con un gran resplandor.

Tres días más tarde a 1.500 km de allí, en la ciudad de Éfeso, san Juan estaba predicando en la iglesia. Era domingo, y súbitamente hubo un gran temblor de tierra. Una nube lo levantó ante los ojos de todos los fieles presentes en la eucaristía y lo llevó por los aires hasta la puerta de la casa donde estaba María.

Los últimos funerales

El asombrado apóstol, sin saber lo que pasaba, entró inmediatamente, y María al verlo se alegró y le relató la visión que había tenido del ángel. San Juan en un principio se preocupó mucho, ya que no quería preparar solo las ceremonias de aquella muerte, sin los demás apóstoles. Pero en ese mismo momento, por el poder de Dios, todos los demás apóstoles fueron trasladados en una nube desde los lugares en donde estaban, y depositados ante la puerta de la casa de María. Se saludaron mutuamente, al hallarse otra vez juntos, y maravillados entraron y hallaron a Juan y a la Virgen. Éstos les dieron la bienvenida y les explicaron todo. Ella agregó:

-Dios no me ha privado de la presencia de ustedes. Voy a emprender el camino final, y el Señor los ha traído aquí para que me consue-

len. Les pido que vigilemos juntos, sin interrupción hasta el momento en que el Señor venga y yo sea separada del cuerpo.

Se sentaron alrededor de Ella consolándola y pasaron tres días alabando a Dios.

Al llegar el miércoles, hacia las nueve de la mañana, repentinamente se presentó en medio de ellos el Señor Jesucristo con una gran muchedumbre de ángeles que cantaban himnos y alababan al Señor. El Salvador dijo:

-Ven, perla preciosa, entra en la morada de la vida eterna.

Al verlo, María se acostó en la cama, sumida en una profunda paz, y dando gracias a Dios, entregó el espíritu. Los apóstoles vieron que su alma era tan pura e inocente que ninguna lengua humana podía describirla dignamente. Irradiaba tal luminosidad que superaba la blancura de la nieve, de la plata y de todos los metales. Su cuerpo emitía una claridad extraordinaria, y exhalaba un perfume tan suave que no puede encontrarse otro igual.

El Señor dijo entonces a Pedro:

-Levántate, toma el cuerpo de María y llévalo a la derecha de la ciudad, hacia el oriente, allí encontrarás un sepulcro nuevo en el que la depositarás. Espérenme allí hasta que vuelva hacia ustedes.

Un final inesperado: la ascunción

Los apóstoles pusieron el cuerpo santo en un cajón y partieron en un místico cortejo, entonando salmos suavemente. En ese momento sucedió un nuevo milagro: sobre el féretro apareció una gran nube, en la que estaba posado el ejército de ángeles que cantaban loas a Dios, y de toda la tierra pareció brotar un cántico muy suave. De la ciudad salió una muchedumbre de gente que, atónita, se preguntaba qué significaba tal melodía. Miraron y vieron el féretro coronado de una gloria extraordinaria y a los apóstoles que cantaban con gran voz.

Llegaron al valle de Josafat indicado por el Señor, la depositaron en un sepulcro nuevo y cerraron la tumba con una piedra. Luego se sentaron a la puerta del sepulcro y esperaron. En eso estaban cuando volvió a aparecerse Cristo, rodeado de sus ángeles, que les dijo:

-La paz esté con ustedes. Cuando los elegí para que me siguieran les prometí que un día se sentarían conmigo para juzgar a todos los pueblos. A María la elegí entre todas las mujeres. ¿Qué desean que haga con ella?

Pedro respondió:

-Señor, si fuese posible, a nosotros nos parecería justo que resucites el cuerpo de tu madre y lo conduzcas contigo al Cielo.

Los demás apóstoles consintieron a una con el pedido de Pedro, Cristo contestó:

-Que se haga como me piden.

Y ordenó a un ángel que girase la piedra de la puerta del sepulcro. Luego exclamó con potente voz:

-Sal, amiga mía. Tú que no aceptase la corrupción del pecado, no sufrirás la corrupción del cuerpo en el sepulcro.

Y al instante resucitó María, se levantó de la tumba, y arrojándose a los pies del Señor se puso a adorarlo. Luego éste la entregó a los ángeles para que la llevaran al Paraíso. Y mientras Ella subía, Él dijo a los apóstoles:

-Del mismo modo que estuve hasta ahora con ustedes, así estaré siempre hasta el fin del mundo.

Y se perdió entre las nubes, con los ángeles y su madre.

Crear o no creer

Hasta aquí el relato de Melitón.

Más arriba dijimos que si bien algunos libros apócrifos contenían relatos absurdos mezclados con mucho de imaginaria popular, otros en cambio, estaban impregnados de verdadera doctrina, y permitían entrever un presupuesto histórico en el trasfondo de sus narraciones.

El relato que acabamos de presentar, ¿a qué categoría pertenece?

En primer lugar debemos tener en cuenta que los estudiosos, en base a la crítica interna, han concluido que el libro original del Tránsito primitivo debió escribirse alrededor del año 150. Este hecho le otorga una venerable antigüedad, de la que pueden gloriarse muy po-

cos escritos del ambiente bíblico. Esto significa que los acontecimientos de ocurridos, y por lo tanto, no hubo demasiado tiempo para fantasearlos o tergiversarlos.

En segundo lugar, un análisis estrictamente doctrinal del relato nos muestra que no está inficionado de herejía, y que puede ser considerado auténtico transmisor de la tradición apostólica. Esto quiere decir que la ortodoxia del Tránsito está fuera de discusión, y su doctrina mariana no es sino el desarrollo posterior de los datos bíblicos.

En conclusión, se puede garantizar, al menos, la historicidad del núcleo de la narración, con lo cual tendríamos como auténtica tradición los siguientes elementos; la muerte de María en la ciudad de Jerusalén, su sepultura en el valle de Josafat, su resurrección, y finalmente la ascensión de su cuerpo en el Paraíso.

Fuera de estos datos, el resto puede considerarse como ropaje literario, o elementos escenográficos secundarios, propios de los géneros bíblicos.

La arqueología que nos hacía falta

Según, pues, una antigua tradición, los apóstoles sepultaron a María en el valle de Josafat. Las precisiones que los manuscritos del Tránsito hacen sobre estas circunstancias parecen no dejar lugar a duda. Dicen que fue "fuera de Jerusalén", "a oriente", "en el Cedrón", "a la derecha de la ciudad", e incluso puntualizan "en el valle de Josafat", "en el camino que conduce al monte de los Olivos". Evidentemente los escritores antiguos quisieron dejar bien en claro, dónde fue que los ángeles vinieron a buscar el santo cuerpo que por nueve meses había servido de morada al Hijo de Dios.

Pero aún cabe preguntarse: ¿cómo podemos saber que exactamente esta gruta, que la comunidad cristiana venera actualmente en Jerusalén, es la auténtica tumba de la Virgen? ¿Existe algún indicio que pueda probarlo?

Afortunadamente, ciertos datos que el Tránsito de la Virgen recoge, nos pueden ayudar. Cuando el Señor da a Pedro la orden de sepultar a María, le dice: "Levántate, toma a la Virgen María y sal de Jerusalén

por el camino que lleva al valle del monte de los Olivos. Allí hay tres grutas: una ancha exterior, una segunda interior, y otra tercera pequeña aún más adentro. En la pared oriental de esta última hay un banco de piedra. Entra y pon a la Bendita sobre él.”

La arqueología durante años estudió el monumento funerario, pero no pudo profundizar demasiado, debido a que la gruta de la tumba estaba íntegramente cubierta por la estructura de la iglesia construida encima. Y nada justificaba el derribarla, ni siquiera parcialmente. Pero una lluvia torrencial ocurrida en el año 1972 ofreció la ocasión que se esperaba. El interior de la iglesia quedó totalmente anegado por las aguas, y los deterioros del edificio fueron tan grandes que hubo que voltear parte de la iglesia para las grandes reparaciones. Y esto permitió sacar a la luz la roca misma de la tumba de la Virgen, y estudiarla cuidadosamente.

El aporte de la ciencia

Las conclusiones de estos estudios, importantísimos para nuestro propósito, han sido las siguientes:

a) La gruta que actualmente se venera, que fue la cámara sepulcral, corresponde muy bien a las indicaciones topográficas que da el *Libro del Tránsito*. Se trata de una tumba “nueva”, es decir, usada una única vez, y no en diversos momentos históricos.

b) A pesar de que en el siglo IV las otras dos grutas que formaban el complejo fúnebre fueron totalmente demolidas, a fin de dejar únicamente la cámara donde se depositó el cuerpo y edificar una iglesia a su alrededor, puede aún hoy distinguirse cómo era la ubicación de las tres cámaras sepulcrales mencionadas en el *Tránsito*.

c) La tumba se encuentra realmente en una zona sepulcral en uso durante el siglo I.

d) La forma de la tumba coincide con las que se construían en el siglo I en Palestina.

De esta manera la ciencia moderna viene a confirmar lo que nuestros antepasados en la fe habían dejando escrito en sus relatos.

Aquel ominoso silencio

Pero aún queda una última objeción. Quienes niegan que la del valle del Cedrón sea la tumba de la Virgen, esgrimen el argumento del silencio de los peregrinos antiguos.

En efecto, durante los primeros siglos de la era cristiana miles de visitantes arribaron a Tierra Santa deseosos de conocer el país donde había vivido y había muerto el Salvador. Muchos de ellos dejaron escritas sus experiencias, en coloridos relatos de lo que habían conocido y vivido.

Entre los que nos han llegado, tenemos a un anónimo peregrino venido desde Bordeaux en el 333, que en un largo escrito menciona los lugares que en ese entonces pudo visitar, pero nada dice sobre el sepulcro de la Virgen. Lo mismo sucede con Euquerio, obispo de Lyon, con Procopio de Cesarea, con Epifanio, con Cirilo, con Eusebio, con san Jerónimo. Todos ellos han pasado por aquí, han visitado Jerusalén, y han descrito los monumentos religiosos que conocieron en su viaje: el santo Sepulcro, el Templo, la gruta de Getsemaní, el monte de los Olivos, el valle de Josafat, incluso la iglesia de san Esteban, que está a menos de cien metros del sepulcro de María. Pero ninguno hace la menor alusión a ella. Y en el caso de Eusebio y de san Jerónimo es más grave aún, por que ellos vivieron en el país muchos años. Y sin embargo, no la conocen. Ni una mención sobre el sagrado lugar de la ascensión. Pero ¿es que acaso no estaba allí, a pocos metros de las murallas de Jerusalén? ¿No la habrán visto cientos de veces en sus entradas y salidas de la ciudad? ¿O quizás en esa época aún no se había “inventado” lo del sepulcro de María para consumo de los peregrinos posteriores?

Tenemos que esperar hasta que llegue a Jerusalén, alrededor del 570, otro desconocido romero, el llamado Peregrino de Piacenza, para que por primera vez en un escrito se diga que alguien ha visitado la tumba de la Madre de Dios. Antes que él, nadie lo dice, ni parece conocerla, ni haberla visto jamás. Antes que él, parece no existir.

La conclusión brota por sí sola: si antes del 570 ningún peregrino, ni visitante, ni escritor alguno la menciona, es porque en el valle de Josafat no se veneraba ningún recuerdo de María. Sólo en el siglo VI, para tener qué mostrar a los peregrinos turistas, los habitantes de Jerusalén empezaron a ubicar allí este entrañable recuerdo de María para atraer la atención y provocar la afluencia de los visitantes.

Se explica el misterio

Esta afirmación, sostenida por muchos estudiosos, y que descalificaba totalmente la tumba de María, parecía imponerse casi definitivamente. Sin embargo, ahora existe otra explicación para este misterioso silencio de cinco siglos. Hoy en día se conoce mejor la vida de una secta llamada de los judeocristianos, cuya presencia en Jerusalén está implicada en esta nueva solución.

Los judeocristianos eran los miembros de un grupo sectario aparecido poco después de la muerte de Cristo, y como su nombre lo indica, habían aceptado la nueva religión cristiana, pero seguían apegados a las prácticas judías, a la circuncisión, y a la observancia de la Ley de Moisés. Sostenían que para poder hacerse cristiano, antes había que hacerse judío.

Desde un principio los apóstoles tuvieron que enfrentarse con este grupo, y su influencia fue tan fuerte que hubo que reunir un concilio en Jerusalén para decidir la cuestión. Allí decretaron caducas las prescripciones del Antiguo Testamento, tal como lo cuenta la Biblia (Hch 15, 5-29). Al ver que su postura no prosperaba, el grupo resolvió separarse de la Iglesia oficial y continuar su vida independiente, siguiendo las enseñanzas de Moisés y de Cristo juntamente, a pesar del desagrado de los demás cristianos.

Varios siglos más de estadía

Pero aquí viene la novedad. Comúnmente se ha sostenido que los judeocristianos desaparecieron en el año 70, cuando los romanos destruyeron el Templo. Pero los arqueólogos franciscanos, en recientes

descubrimientos, han podido demostrar que esta Iglesia sectaria permaneció mucho más tiempo en Palestina, al menos hasta el siglo VI, en que fueron perseguidos y definitivamente expulsados del país.

Así, queda finalmente aclarado el misterio. Los judeocristianos, que estaban diseminados por toda la región y tenían en su propiedad diversos santuarios con recuerdos históricos de Jesús, se encontraban también en poder de la tumba de la Virgen, y no permitían el ingreso a ninguna persona que no fuera adepta a la secta. De ahí que los peregrinos antiguos no pudieron visitarla ni conocerla durante siglos. Por su parte la Iglesia oficial, que veía con malos ojos a esta secta de circuncisos, aplicó la política del silencio, es decir, no mencionó nunca los santuarios que estuvieran en manos de judeocristianos.

La misma situación se dio en Nazaret, donde hoy sabemos que los judeocristianos se habían instalado y se hacían llamar "parientes del Señor". Estas familias conservaron todos los lugares con genuinos recuerdos de Jesús, tomaron posesión de la casa de María y de José, y no permitieron el ingreso de los cristianos "oficiales". Así se explica que san Jerónimo y otros escritores eclesiásticos, por el rechazo que sentían hacia éstos, no mencionaran nunca los santuarios de Nazaret.

Cuando alrededor del siglo VI los judeocristianos son expulsados, todos los santuarios que tenían, y en donde habían custodiado fielmente las tradiciones antiguas de Cristo y de María, pasaron a manos de la Iglesia apostólica, santuarios todos que tenían la garantía segura por la que estos celosos guardianes de la tradición habían velado.

Dos iglesias para un sepulcro

Mientras la tumba de María estuvo en poder de los judeocristianos, forman parte de un complejo sepulcral compuesto por las ya mencionadas tres cámaras fúnebres, de las cuales la más pequeña era el sagrado edificio venerado.

Pero cuando en el siglo V pasó a pertenecer a la Iglesia oficial, la pequeña cámara sepulcral fue cortada de la piedra circundante, aislada de las demás tumbas, y dejada en el centro de una iglesia que fue construida para honrar la memoria de la ascensión de María (fig. 3).

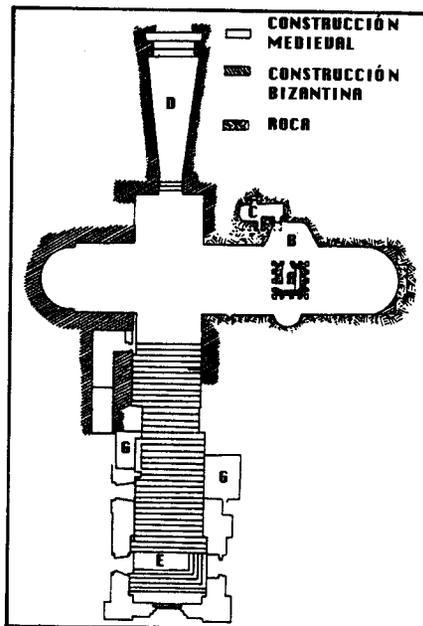


Fig. 3: Cuando en el siglo V se construyó la iglesia, cortaron totalmente la piedra que rodeaba a la pequeña cámara sepulcral de María hasta aislarla completamente de la roca circundante, y la dejaron en el medio de la nueva Iglesia (A). Pero en las paredes adyacentes aún se notan los restos del ambiente sepulcral (B). En una de las paredes laterales (C) se conservan cámaras y restos de aquellas tumbas primitivas. La entrada originalmente era por el norte (D). Más tarde los cruzados clausuraron este ingreso e hicieron uno nuevo por el sur, con una solemne escalinata (E), por donde se ingresa actualmente. A ambos lados, capillas sepulcrales de la época cruzada (F y G).

Décadas más tarde, en tiempos del emperador Mauricio (582-602), resolvieron edificar una iglesia superior, de tal modo que el edificio primitivo se convirtió en una cripta subterránea, transformándose el conjunto en una magnífica iglesia de dos pisos.

Sin embargo, su existencia fue efímera. En el 614 los persas invadieron Palestina y derribaron la iglesia superior. Cuando los cruzados recuperaron otra vez los lugares cristianos en el 1099, restauraron el suntuoso doble edificio, pero en el 1187 los árabes de Saladino volvieron a destruirla, y esta vez utilizaron las piedras para la construcción de las murallas de Jerusalén, que todavía pueden verse. Sin embargo, a la iglesia inferior la respetaron "por devoción a la madre del profeta Jesús", en quien fervientemente creen los musulmanes.

Es por eso que sólo ha llegado hasta nosotros la iglesia subterránea, que hoy veneran los peregrinos. Parecería que el sitio que albergó las últimas horas de permanencia terrestre de María quiso conser-

vase así, humilde y sencillo como ella, sin la ampulosidad de una iglesia de dos pisos, sino como una simple y modesta gruta, bajo tierra, oculta, casi imperceptible para la vista de cuantos pasan a su lado.

Copia fiel de su vida.

Lo que todo peregrino puede ver

¿Cómo es actualmente el sepulcro de la Virgen? Luego de atravesar una puerta en lo hondo del valle, y descender unos 10 m por una amplia y espaciosa galería, se llega a mano derecha a la pequeña sala mortuoria.

Apenas traspuesta la pequeña entrada de 1,43 m de altura se está en el interior de la gruta, que mide 1,80 m de largo, por 90 cm de ancho, y 1,80 m de alto (fig. 4).

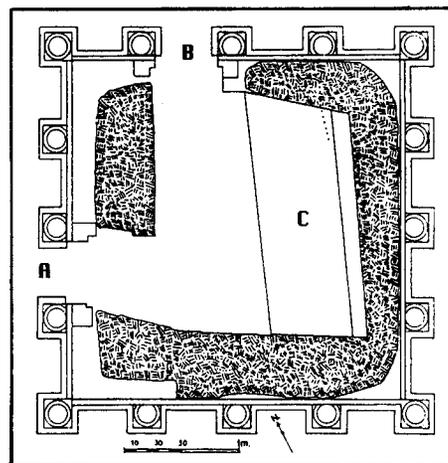


Fig. 4: Planta de la tumba de la Virgen María según las excavaciones. La roca de la pequeña cámara sepulcral quedó encerrada en una construcción de columnas de la época de las cruzadas. La entrada principal (A) tiene 1,43 m de altura. La otra (B) sólo 1,24 m, por lo que hay que inclinarse, tanto para ingresar como para salir. En el interior, cubierto por un vidrio, se puede ver el banco de piedra (C) donde los apóstoles recostaron el cuerpo de María, y de donde ella fue asunta a los Cielos.

Pero lo estrecho e incómodo del lugar se olvida apenas uno distingue, con emoción, el banco rocoso donde la Inmaculada durmió su breve sueño. Se eleva a 46 cm del suelo y mide 70 cm de ancho (fig. 5).

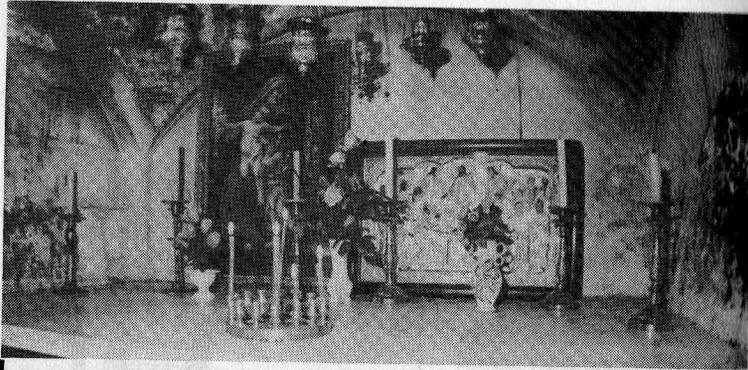


Fig. 5: Interior de la tumba de la Virgen. El banco de piedra donde fue colocado el cuerpo de María durante su breve sueño mortal, puede verse a través de un vidrio que lo protege. Encima, un mármol lo cubre convertido en altar. Los peregrinos que llegan le encienden velas y pueden rezar en el mismo lugar donde fuera la ascensión de la Madre de Dios a los Cielos.

Lo que llama la atención es una gran cantidad de agujeros pequeños practicados a todo lo largo del banco, obra de indiscretos devotos e irrespetuosos peregrinos que a través de los siglos lo han visitado y han querido llevarse un invalorable recuerdo arrancando pedazos de la sagrada piedra. No faltan actualmente catedrales y abadías en Europa que, entre las reliquias que ostentan para la veneración de los fieles, exponen un "fragmento del sepulcro de Santa María" (fig. 6).

Lo más representativo de este pequeño conjunto es una perforación de 50 cm de ancho, practicada en la cúpula del techo, con el fin de indicar a los visitantes que esta tumba no aprisionó definitivamente a la Virgen, pues Ella, permeando los Cielos, fue allá arriba a reunirse con su Hijo.

¡Levantemos el corazón!

La tumba de la Virgen María, en Jerusalén, al pie del monte de los Olivos, es uno de los pocos lugares del que podemos estar seguros de su autenticidad histórica, gracias a una antiquísima e ininterrumpida tradición.

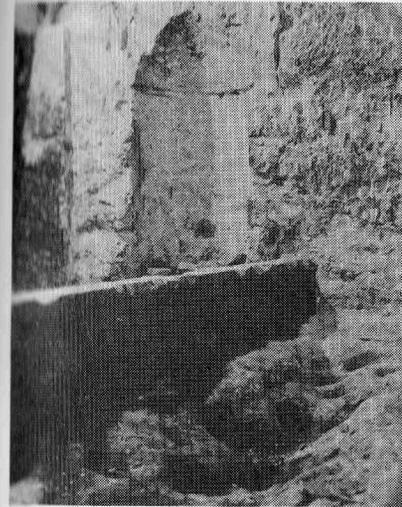


Fig. 6: El banco de piedra del sepulcro, a la vista. Hasta hace algunas décadas era posible contemplarlo así, al aire libre y sin protección, y tocar la piedra. Pero a lo largo de los siglos los peregrinos le han ido arrancando pedazos, como se ve en la fotografía, para extraer reliquias, y lo han dañado sensiblemente, por lo que tuvo que ser protegido con un vidrio.

Según otra venerable tradición, Jesús eligió como lugar para su ascensión a los Cielos una de las cimas del monte de los Olivos, para demostrar así su superioridad sobre todos los poderes del mundo, y su dominio por encima de toda la creación.

María, en cambio, prefirió como plataforma de despegue en su subida a las alturas, la profundidad de un valle, 800 m más abajo. Nos enseña así que a todo hombre, por insignificante, bajo y pobre que se sienta ante la figura de este mundo, le espera el mismo final, y está llamado a recorrer un día el mismo camino que hizo nuestra Señora.

Es necesario que pongamos en el saco de las esperanzas que tenemos los cristianos, también ésta. El hombre, frágil vaso de bien y de mal, de vicios y de virtudes, de pecado y de gracia, conserva las esperanzas en la misma meta que glorificó a María.

Es el futuro que aguarda a todos los pobres de Dios, que se duermen en el Señor para resurgir con Él en su Reino.



**ÉFESO,
DONDE
VIVIÓ PABLO
Y MURIÓ JUAN**

La ciudad de los dos Titanes

Después de Tierra Santa, a ningún otro país del mundo le cupo la gloria de estar tan ligado a recuerdos bíblicos y a la historia de la Iglesia, como a Turquía.

Durante los cinco primeros siglos de la era cristiana, el territorio que hoy ocupa la nación turca, llamado entonces el Asia Menor, daba testimonio de una fe increíblemente férrea. Los monasterios florecían por todas partes. Innumerables creyentes se retiraban a sus zonas más desérticas, o iban a habitar en las escarpadas grutas de los acantilados para practicar ascéticamente las virtudes cristianas.

Doctores y pensadores cristianos se dedicaban a escrutar la Biblia tratando de dar consistencia a la incipiente teología cristiana que comenzaba ya a tomar cuerpo. Y se reunían en concilios en sus ciudades para discutir sus conclusiones.

Pero si Turquía atesora estas extraordinarias reminiscencias cristianas, ninguna de entre todas sus ciudades sobresale como Éfeso, por los vínculos tan cordiales con las Sagradas Escrituras, la vida apostólica y el cristianismo primitivo.

Según los Hechos de los Apóstoles, en ella estuvo cuatro veces san Pablo, la segunda por un lapso de tres años.¹ Una antigua tradición

¹ Aunque no es muy seguro cuántos viajes misionales realizó Pablo, el libro de los *Hechos de los Apóstoles* cuenta que durante su segundo periplo el Espíritu Santo no aprobó el proyecto que tenía Pablo de predicar el Evangelio en la provincia del Asia, donde se encontraba la ciudad de Éfeso, por lo cual tuvo que desviar su camino y dirigirse hacia Tróade, de donde pasó directamente a Europa (cf. Hch 16, 6-10).

Más tarde sí conoció la ciudad al regresar de su segundo viaje (cf. Hch 18, 18-21). La segunda vez que estuvo fue al principio de su tercer viaje misional (Hch 19, 1). Luego de su cautiverio en Roma y posterior liberación es posible que haya ido una tercera vez y dejado al frente de aquella iglesia a su amigo Timoteo.

sostiene que también allí predicó san Juan, el autor del cuarto evangelio, donde sufrió dolorosas persecuciones, y murió a edad muy avanzada. Todavía se puede contemplar su tumba, y los pocos peregrinos que suelen llegar hasta el lugar aún la veneran con emoción.

Asimismo en Éfeso fueron escritos probablemente siete de los veintisiete libros que forman el Nuevo Testamento.² Y a ella, ya sea sola o con otras ciudades, fueron dirigidos otros seis escritos.³ Esto la convierte en una ciudad con una densidad de inspiración divina única en su género.

Al frente de esta Iglesia estuvo Timoteo, el entrañable compañero de san Pablo, y según la tradición allí sufrió martirio. Otros conocidos personajes de comienzos de la era cristiana también predicaron en ella o recorrieron sus calles.

En esta ciudad fue construido el primer templo del mundo que se puso bajo la advocación de la Virgen María, y aquí el tercer Concilio Ecuménico de la Iglesia, llamado precisamente "de Éfeso", y reunido en el año 431 declaró el dogma de fe de que María era verdaderamente Madre de Dios.

Como se ve, Éfeso ostenta títulos que ninguna otra ciudad del mundo posee.

Pero hoy ya no quedan cristianos en Éfeso. Todos fueron alevosamente exterminados en la invasión musulmana del siglo VIII, u obligados a convertirse a la fe de Mahoma. Sólo sus magníficas ruinas de recuerdos cristianos permanecen aún, algunas bellamente restauradas por la arqueología. Estos restos de piedras permiten a los visitantes releer los gloriosos sucesos, como quien leyera hoy un ajado ejemplar del Nuevo Testamento.

² El tema es muy debatido entre los exégetas. Aun así, muchos señalan a Éfeso como el lugar donde Pablo escribió algunas secciones de lo que más tarde llegarían a ser sus primera y segunda carta a los Corintios y su epístola a los Gálatas. Además sería el lugar donde vio la luz el cuarto evangelio así como las tres epístolas atribuidas al apóstol Juan.

³ A ella fue remitido, junto con las otras iglesias del Asia Menor, el libro del Apocalipsis, así como la primera y segunda carta de Pedro. También se escribió para ella la carta llamada a los efesios, y allí recibió Timoteo, que por entonces se desempeñaba como "obispo" de la comunidad, sus dos cartas.

El día que Pablo la conoció

En el mes de marzo del año 53, Pablo concluía su segundo viaje evangelizador. Había recorrido varias ciudades de Grecia y ahora se hallaba en el puerto de Corinto a punto de emprender el regreso a Jerusalén. Lo acompañaban Aquila y Priscila, un matrimonio amigo que había conocido precisamente en Corinto, judíos de origen pero convertidos al cristianismo.

Como no encontraron una nave que los llevara directamente a destino tuvieron que hacer, en mitad del viaje, escala en Éfeso (Hch 18, 19).

Ésta era entonces un rico y populoso centro comercial e industrial, que se gloriaba de ostentar una historia milenaria. Sede del gobernador romano, era la más grande metrópolis de Asia, y una de las cinco ciudades más grandes del Imperio.

Apenas desembarcaron, Pablo ingresó en la ciudad por la famosa "Vía del Puerto" una majestuosa avenida de más de 600 m de largo y 11 de ancho, que comunicaba el puerto con el corazón de la ciudad. Todavía hoy pueden verse sus restos, que la exhiben magníficamente pavimentada de mármol blanco, flanqueada de lujosos pórticos de 5 m de profundidad, adornada con estatuas y bellamente iluminada de noche. En el centro de la ciudad, que contaba entonces con 300.000 habitantes, se alzaban gimnasios, termas, plazas, teatros y estadios, mientras a ambos lados de la calle estaban ubicados los negocios llenos de mercancías, desde las más usuales a las más exóticas (fig. 1).

La parada en Éfeso fue de pocos días, los necesarios para atender los servicios del barco en el que Pablo viajaba. Pero hallándose incluido un día sábado en su parada, él aprovechó para ubicar la sinagoga de la ciudad y presentarse en ella a fin de exponer el mensaje cristiano. La encontró seguramente colmada de fieles. En efecto, el cónsul Dolabella, en el año 44 a. C. había concedido privilegios especiales a los judíos que vivían en la ciudad, para que pudieran observar el descanso del sábado sin ser molestados.

En cuanto Pablo comenzó a hablar su prédica suscitó gran interés, al punto tal que al terminar los judíos le rogaron que permaneciera más tiempo. Él no pudo hacerlo, pero prometió regresar más adelante.

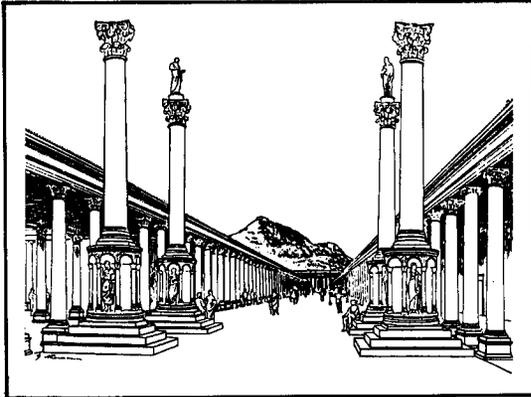


Fig. 1: Reconstrucción de la "Vía del Puerto", por la que ingresó Pablo el día que llegó por primera vez a la ciudad. Pavimentada con mosaicos, se ven a ambos lados los pórticos de columnas. En un principio esta calle era una avenida ceremonial, y muchas personalidades famosas que llegaron a la ciudad por mar entraron a través de ella. Hoy sólo quedan restos de estos pórticos y del pavimento. En el siglo V d. C. se levantaron las estatuas a los cuatro evangelios, como se ve en la ilustración, en mitad de la avenida, y cuyas bases todavía permanecen en pie entre las ruinas.

Y viendo las oportunidades que aquel centro portuario ofrecía, dejó allí hasta antes de partir a Aquila y Priscilla con el fin de que fueran preparando el terreno de una futura evangelización (Hch 18, 19-21).

Así fue como Pablo conoció Éfeso. Feliz por su éxito inicial, mientras se alejaba por la Vía del Puerto, no imaginaba los tormentos y las persecuciones que un día le depararía esta ciudad, y que lo llevaría a escribir a los corintios: "En Éfeso tuve que luchar contra las fieras" (1 Co 15, 32).

¿Quién fundó la Iglesia de Éfeso?

Un año después, en mayo del 54, cumpliendo su promesa Pablo se presentó nuevamente en la ciudad de Éfeso. Era el tercer viaje que emprendía por el Asia Menor y llegaba dispuesto a crear una comunidad cristiana. Venía de recorrer unos mil setecientos kilómetros desde An-

tioquía, ciudad de Siria que era como la sede de su ministerio y la base de operaciones del Apóstol.

Pero esta vez Pablo no entró en la ciudad por la Vía del Puerto, ya que el viaje no lo hizo en barco sino por tierra a través del Asia Menor. La entrada obligada era en ese entonces la Puerta de Magnesia, uno de los dos principales ingresos a través de las murallas levantadas al este de la ciudad.

Hoy permanecen algunos vestigios de aquella puerta, que entonces estaba protegida por dos altas torres y pavimentada con largos bloques de piedra.

Al entrar Pablo en la ciudad, encontró con sorpresa una joven comunidad de creyentes en Jesús, entusiasta y dinámica, que se reunía semanalmente para leer las Escrituras. ¿Cómo había nacido?

Su fundador era Apolo, judío oriundo de Alejandría que en ausencia de Pablo había llegado a Éfeso. Personaje culto, brillante orador y gran teólogo, había sentido hablar de Jesús según las enseñanzas de Juan el Bautista, y se había adherido al Señor. Probablemente lo reconocía como al Mesías, pero de un modo aún incipiente. Ignoraba su resurrección, su divinidad y la venida del Espíritu Santo. No obstante, su ardor lo llevó a predicar en la sinagoga de Éfeso para ganar nuevos adeptos a la causa de Jesús, a quien conocía parcialmente.

Un día Aquila y Priscila tuvieron la oportunidad de escucharlo hablar, y se dieron cuenta de las grandes lagunas que Apolo tenía en su formación cristiana. Resolvieron, pues, llamarlo para exponerle de un modo más correcto la auténtica fe en Cristo Jesús.

Así, con este matrimonio como maestro, Apolo pudo llegar a conocer la verdad total sobre Jesucristo.

Resultó una gran adquisición para la Iglesia, ya que su ya brillante mente teológica quedó iluminada de una manera nueva y certera. Y su gran capacidad de predicador lo convirtió en un instrumento de gran eficacia para la evangelización de Éfeso, que en poco tiempo pudo contar con una nueva comunidad cristiana.

Poco después, de labios de Aquila y Priscila se enteró Apolo de una comunidad cristiana que había fundado Pablo en Corinto. Y le asalta-

ron deseos de conocerla, ya sea para profundizar su catequesis, ya para conocer en la práctica una iglesia cristiana más madura, puesto que la de Éfeso estaba recién en sus comienzos.

Entonces los efesios escribieron una carta de recomendación a los cristianos de Corinto para que lo recibieran entre ellos y le dieran buena acogida. Así lo hicieron, y Apolo devolvió la atención colaborando con ellos en la difusión del Evangelio.

Cuando Pablo llegó a Éfeso, Apolo ya se había marchado, por lo que no pudo conocer al verdadero iniciador de la fe cristiana en esta ciudad del Asia Menor (cf. Hch 18, 24-28).

Los doce semicristianos

Durante su ministerio evangelizador, Pablo se encontró con un grupo extraño, formado por unos doce hombres. Eran todos creyentes en Jesús, pero les faltaba ese "algo" perceptible que deja el Espíritu a los bautizados y que los conviere en inconfundibles seguidores del Señor (cf. Hch 19, 1-7).

El apóstol entonces les preguntó si habían recibido el Espíritu Santo al bautizarse. Ellos, asombrados, le contestaron: "Ni siquiera hemos oído hablar del Espíritu Santo." Intrigado por la respuesta, el apóstol volvió a preguntar: "Entonces, ¿qué clase de bautismo han recibido?" Ellos le aclararon que sólo habían recibido el bautismo de Juan el Bautista. Pablo comprendió que eran cristianos a mitad de camino, residuos tal vez de la predicación de Apolo, con una fe todavía incompleta.

Luego de explicarles que Juan el Bautista en realidad era un precursor de Jesús, y que éste era el verdadero Mesías, se hicieron bautizar. Entonces Pablo les impuso las manos, y sucedió algo extraordinario: bajó el Espíritu Santo sobre ellos de un modo ostentoso, en un nuevo y fantástico pentecostés efesio, mientras los nuevos cristianos hablaban en lenguas, profetizaban y daban muestras visibles de los carismas que estaban recibiendo.

El apóstol comprendió que la futura Iglesia de Éfeso estaba cimentada sobre bases muy frágiles; que en la ciudad más grande del Asia Menor todavía había mucho por hacer, errores que combatir y defi-

ciencias que llenar. Se alegró, pues, de haber regresado a la perla del Egeo, y empezó a elaborar una amplia y cuidada estrategia para penetrar con la fuerza del Evangelio todas las capas de una sociedad que aún adoraba en su mayoría a las divindades paganas.

La primera "cátedra popular de cristianismo"

Los judíos de Éfeso, que formaban una importante y rica comunidad, fueron benévolo con Pablo y lo acogieron en sus reuniones de la sinagoga. Hasta el momento, en ninguna sinagoga judía habían recibido pacíficamente al Apóstol. En cambio, en Éfeso pudo predicar durante tres meses todos los sábados.

Pasado este tiempo, comenzó a gestarse el descontento contra las innovaciones que Pablo pretendía insertar en la doctrina judía tradicional transmitida durante siglos entre los israelitas. Esto motivó a Pablo a ampliar su campo de apostolado ensayando un nuevo y original método: le alquiló a un hombre llamado Tirano, director de una escuela local, una de las aulas de su gimnasio, para dictar cursos populares de cristiandad adaptados a su auditorio.

Según sabemos por la inscripción de un manuscrito, las lecciones se extendían desde las 11 de la mañana hasta las 4 de la tarde, es decir, durante las horas de la comida y de la siesta, cuando el aula quedaba libre de las actividades de su propietario (cf. Hch 19, 8-10).

A partir de esta iniciativa su predicación comenzó a mostrarse enormemente exitosa. La aceptación fue tal que Pablo, no se contentó con evangelizar Éfeso, empezó a mandar desde allí a grupos de convertidos hacia las principales ciudades vecinas: Colosas, Laodicea, Esmirna, Mileto, las cuales pocos años más tarde contaban ya con pujantes comunidades cristianas.

Guerra a la magia

Una de las causas que contribuyó a la rápida extensión del cristianismo en el Asia Menor fue el prestigio, la fama de santidad y los milagros que obraba Pablo. Hasta había llegado a correrse la voz de que

bastaba que la gente aplicara a los enfermos de la ciudad los pañuelos o delantales que había usado él, para que quedaran curados.

Así fue como Pablo tuvo que enfrentar un segundo problemas en Éfeso: el de la magia. Entre la gente circulaban curanderos, exorcistas, magos y adivinos que con sus prácticas sospechosas y fórmulas secretas se aprovechaban de la ingenuidad general para engañar y obtener pingües beneficios económicos. En aquella época Éfeso era el centro de prácticas mágicas más conocido del Asia Menor, y se empleaban libros crípticos que llegaron a tomar el nombre de “escritos efesinos”.

Sucedió en una oportunidad que siete curanderos judíos famosos de la ciudad, que contemplaban el éxito creciente de Pablo, creyeron poder obtener sus mismos resultados si empleaban las “palabras mágicas” suyas, es decir, “el Nombre de Jesús”. Así fue como se presentaron un día en la casa de un hombre que padecía una extraña enfermedad mental, para curarlo. Emplearon a fondo todas sus artes, trucos y hasta la “fórmula” que usaba Pablo tratando de aliviarlo, pero todo fue un fracaso. En determinado momento el enfermo, fuera de sí, se abalanzó sobre los farsantes y empezó a arrancarles la ropa y a golpearlos, por lo cual éstos tuvieron que huir desnudos y lastimados.

Este hecho se difundió por toda la ciudad, y las conversiones aumentaron. Muchos renunciaron a las prácticas mágicas después de aquel suceso, y como señal de su conversión reunieron en uno de los lugares públicos de la ciudad sus libros de ritos esotéricos y los quemaron en una gran hoguera. El precio de los ejemplares quemados fue calculado en 50000 talentos, o sea, el sueldo que un obrero ganaría trabajando 138 años (cf. Hch 19, 11-19).

Así se fue erradicando de la comunidad el peligro de estas prácticas extrañas que flotaban en el ambiente.

Cuatro templos de una diosa

Éfeso era principalmente conocida en la antigüedad por su famoso Artemisio, es decir, su santuario de la diosa Artemisa, que la convertía en una de las ciudades más sagradas del mundo antiguo. La suntuosidad y la belleza de este templo, así como sus colosales di-

mensiones le valieron el ser catalogada entre las “siete maravillas” del mundo antiguo.

Los efesios se enorgullecían de él, y eran celosos protectores del culto a Artemisa. Con ocasión de su fiesta, que se celebraba todos los años el 6 de mayo, se congregaba no sólo la ciudad entera, sino que venían peregrinos de toda el Asia Menor y de muchas otras ciudades del Imperio romano. Los alrededores del templo y las calles de la ciudad resultaban chicos para contener semejante afluencia de gente.

Artemisa no era otra que la “diosa Madre” venerada en todo el oriente con distintos nombres según la región. Por ser protectora de la fertilidad y de la fecundidad sus imágenes eran representadas con innumerables senos. Al servicio del templo se hallaban sacerdotes eunucos y cerca de mil sacerdotisas que oficiaban un culto orgiástico y desenfrenado (fig. 2).

El primer templo de Artemisa fue destruido en el siglo VII a. C. y el segundo en el siglo VI a. C. Entonces el famoso y riquísimo rey de

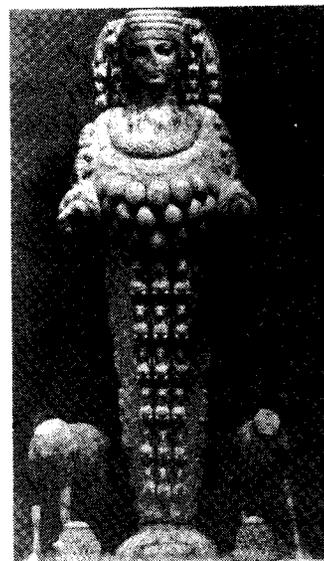


Fig. 2: Estatua de mármol de Artemisa, la divinidad principal de los efesios, del siglo I d. C. La imagen de la diosa era cilíndrica, y se encontraba en el interior de su templo, construido de mármol. Según algunos, la imagen que se veneraba en tiempos de san Pablo estaba esculpida en un aerolito. Por eso la tradición afirmaba que su estatua había caído del cielo (cf. Hch 19, 35). Era la diosa madre, patrona de la fecundidad. Por eso se la representaba con una multitud de pechos, como se ve en la ilustración, y su vestido decorado con frutos, toros y carneros.

Lidia, Creso, ayudó a construir un tercero, el más espléndido y formidable de todos. Medía 115 m de largo y tenía 55 m de ancho. El templo en cuanto tal consistía en un ambiente colmado por una selva de columnas, 127 exactamente, de 19 m de altura y 1,20 m de diámetro. El arquitrabe, que las columnas sostenían, pesaba 24 toneladas, y hasta el día de hoy resulta difícil imaginar cómo hicieron entonces para levantar los 19 m y ponerlo sobre ellas. Ésta fue la estructura más grande de la historia jamás construida en mármol.

El templo de Pablo

Pero en el año 356 a. C., la misma noche que nació Alejandro Magno, un enajenado mental llamado Eróstrato, prendió fuego al maravilloso templo y lo arruinó totalmente. Según lo confesó más tarde, quería pasar a las historias haciendo algo que estuviera fuera de lo común. Con semejante insensatez, no hay duda de que logró su cometido.

Los efesios, a quienes nada desalentaba cuando se trataba de su diosa, decidieron edificar el templo por cuarta vez alrededor del año 334 a. C.

Este cuarto edificio resulta de importancia, ya que fue el que conoció Pablo cuando arribó a la ciudad (fig. 3). Gracias a las excavaciones efectuadas por los arqueólogos ingleses en el siglo pasado pudieron apreciarse sus dimensiones. Esta vez eran más modestas que las anteriores. Tenía 74 m de largo y 49 m de ancho, y tan sólo 100 columnas ocupaban su espacio interior. El altar descansaba sobre unos cimientos de 6 m², y detrás de él estaba probablemente la estatua de la diosa, que quizás había sido esculpida en un meteorito.⁴

Éste fue el último templo levantado para la diosa. Cuando años más tarde fue destruido en el año 125 d. C. nunca más se lo reconstruyó. Inclusive muchos de sus elementos arquitectónicos fueron luego empleados para una Iglesia cristiana que se edificaría muchos años después: la Iglesia de la tumba de san Juan.

⁴ En opinión de algunos autores, así se explica que en Hch 19,35 el secretario de la ciudad hablando a la gente diga que la imagen de ella había "caído del cielo".

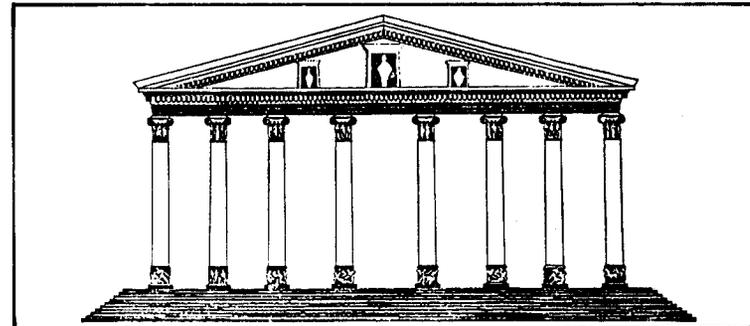


Fig. 3: Frente del cuarto templo construido en honor de Artemisa. Era una de las siete maravillas del mundo antiguo, y la más ancha estructura de mármol jamás construida. Fue el templo que conoció san Pablo durante su estadía en la ciudad de Éfeso. Tanto las bases de las columnas, como sus capiteles estaban esculpidos en relieve.

Con el trágico final de aquel templo, Jesús había logrado derrotar, en su propia ciudad, a la diosa Artemisa.

La rebelión del teatro

A raíz de la diosa Artemisa, Pablo sufrió el incidente más grave de toda su estadía, y que finalmente lo obligaría a abandonar Éfeso.

Porque mientras la fe cristiana crecía y se extendía por toda la región, el culto de Artemisa disminuía. La devoción a Jesús se incrementaba cada día, a Él se le cantaban himnos, se lo celebraba como Salvador, se lo adoraba como a Dios, y en su nombre se bautizaban. Y como contrapartida, se arruinaba el negocio de los plateros, que fabricaban estatuillas y *souvenirs* de plata de la diosa para los peregrinos y turistas que venían de todo el mundo y dejaban sus riquezas en la ciudad.

Demetrio, el jefe del sindicato de los artesanos, dándose cuenta de la situación crítica por la que estaba atravesando su industria y la economía privada de cuantos vivían a la sombra de este comercio, convocó a los obreros y organizó una manifestación en contra de Pablo. Mientras los tumultuosos gritaban y aclamaban a la diosa alborotando a toda la ciudad, un grupo de exaltados salió en busca de Pablo para

apresarlos. como no pudieron hallarlo, sorprendieron a Gayo y a Aristarco, dos colaboradores íntimos del Apóstol, y los arrastraron al teatro de la ciudad a fin de hacer justicia por sus manos. Se vivieron horas dramáticas en medio de aquella multitud enardecida, que no cesaba en sus ovaciones a Artemisa, la diosa que tanto rédito económico les dejaba.

En ese preciso momento apareció Pablo, que volvía de una de sus tareas catequísticas, y al hallar semejante espectáculo quiso entrar en el teatro. Pero era tal la exaltación de los ánimos que sus amigos no se lo permitieron.

Un judío llamado Alejandro quiso intervenir para explicar a los habitantes de Éfeso, en nombre de sus compatriotas, que los judíos no tenían nada que ver con Pablo, y que el cristianismo era una religión distinta del judaísmo. Pero los adoradores de Artemisa, que no entendían de distinciones y consideraban a los cristianos como una rama más del judaísmo, no lo dejaron hablar y renovaban los vivas a la diosa.

Finalmente se presentó un alto funcionario del gobierno, y con ayuda de las fuerzas del orden logró calmar a la multitud y descongestionar el teatro. Después de varias horas, la revuelta de Demetrio pudo por fin ser conjurada (cf. Hch 19, 23-40).

Todavía hoy pueden verse en Éfeso las ruinas magníficas de aquel enorme teatro. Se trata de un recinto semicircular al aire libre, rodeado de gradas talladas en la roca y con capacidad para veinticinco mil personas, construido diez años antes (fig. 4).

Aquel fue el día más importante de la historia de la ciudad, porque los gritos de "viva Artemisa", en realidad, no eran sino el último aliento de vida de la milenaria diosa Madre, que agonizaba ante los embates del cristianismo naciente.

No todo fue un adefesio

Ya llevaba casi tres años Pablo en Éfeso, cuando a fines del año 56 resolvió abandonar la ciudad y continuar su viaje misionero.

Estos años de permanencia en la ciudad le habían producido tantas amarguras, que dieron origen a una palabra: "adefesio".



Fig. 4: El teatro es el más grande y el más impresionante de los edificios que aún se ven en Éfeso. El total de las gradas alcanzaba los 30 m de altura. Construido originalmente en época helenística, fue remodelado y ampliado durante el reinado de los emperadores Claudio (41-54 d. C.), Nerón (54-68) y Trajano (98-117). Aquí se reunió la multitud soliviantada por los plateros de la ciudad contra Pablo. También aquí predicó el Apóstol en numerosas ocasiones durante su permanencia en la ciudad.

En efecto, el penoso suceso de los plateros, unido a una probable prisión que sufrió y a otros tristes acontecimientos que allí tuvo que padecer y que relata en sus cartas, dejó la sensación en los lectores posteriores de la Biblia, que el apostolado de Pablo en Éfeso fue una obra infructuosa. Nació entonces la frase "hablar a los efesios", es decir "ad efesios" (en latín), como sinónimo de tarea inútil, infructuosa.

Posteriormente la palabra evolucionó hasta adquirir el significado actual de "feo" o "ridículo", por lo que decir que algo es un "adefesio" equivale a decir que es carente de belleza o de utilidad.

Sin embargo, Pablo antes de irse dejó una comunidad muy bien formada, a la que había dedicado tres largos años de su vida. Ésta a su vez tenía la vitalidad suficiente para evangelizar a otras regiones vecinas. Desde allí había mantenido un vivo contacto con otras ciudades me-

diante mensajeros y cartas. Allí habían nacido sus magníficas epístolas a los gálatas, a los filipenses y la primera a los corintios, que serían pilares de la teología neotestamentaria.

Allí había luchado contra el judaísmo, el fetichismo y el paganismo, y vencido a los tres.

No todo, pues, había sido un adefesio entre los efesios.

Los últimos desvelos por sus “santos”

Pablo partió de Éfeso para continuar su tercer viaje misionero. Pero no olvidó a la Iglesia que había dedicado tanto tiempo y fatigas, sino que continuó prodigándole sus cuidados.

A la vuelta de este tercer y último viaje, el barco que lo llevaba de regreso a Jerusalén hizo nuevamente escala en las costas del Asia Menor. Pero esta vez más al sur, a 60 km de Éfeso, en la ciudad de Mileto.

Aprovechando que aquí debía permanecer unos cuantos días esperando la salida del próximo barco, mandó a llamar a los ancianos y dirigentes de la Iglesia de Éfeso. Y presintiendo que era la última vez que podría predicarles, les dirigió un emotivo discurso de despedida exhortándolos a velar por la comunidad al frente de la cual ellos estaban (Hch 20, 17-35). Era el mes de abril del año 57.

Un mes más tarde, al llegar a Jerusalén, Pablo fue apresado y después de dos años de prisión lo condujeron a Roma para ser juzgado por el César. Pero los entrañables recuerdos que atesoraba por sus amigos que había dejado en la ciudad de Éfeso, hicieron que desde su prisión romana les escribiera una epístola, conocida como la “carta de la unidad cristiana”, en la que les reitera sus enseñanzas anteriores, y los anima a vivir la unidad, buscando siempre lo que los une y evitando todo lo que suponga obstáculo contra la paz y el amor.⁵

Pero Pablo no moriría sin volver a ver a su querida comunidad de Éfeso. Aunque ya no tenemos referencias escritas, según la tradición es

⁵ No todos los autores están de acuerdo en que la carta a los efesios sea auténtica de Pablo, ni que los destinatarios hayan sido originariamente los cristianos de Éfeso, ya que esta referencia falta en la carta. Piensan más bien que se trata de una circular dirigida a las Iglesias de Asia Menor; puesto que no se encuentran en ella referencias personales, ni el saludo ni la conclusión tan característica del Apóstol.

probable que haya sido liberado de la cárcel de Roma en el año 62, y de allí pasara una vez más por la ciudad, donde dejó como obispo a su amigo Timoteo (cf. I Tm 1, 3). El epistolario bíblico nos ha conservado la llamada primera carta a Timoteo, que recoge una serie de instrucciones dirigidas a este santo obispo. Aunque hoy sabemos que no fue escrita por Pablo, contiene su doctrina sobre cómo Timoteo debía comportarse frente al nombramiento de los dirigentes de la Iglesia, y con algunas herejías que asomaban en la comunidad.

Si queremos seguir la hipotética vida posterior del Apóstol de los gentiles, es probable que en el año 66 fuera apresado por segunda vez. Si las cartas llamadas pastorales contienen noticias ciertas de Pablo, entonces quizás haya sido detenido en Tróade (cf. I Tm 4, 13). De allí posiblemente lo llevaron a Éfeso, capital de la provincia del Asia, para recoger los primeros elementos del proceso ante el tribunal del próconsul. Pero la antigua popularidad de que Pablo gozaba en la ciudad, incluso entre los no cristianos, se había apagado. Esta vez muy pocos lo defendieron, como Onesíforo, Aquila y Priscila (cf. I, Tm 4, 19). Acompañado por la guardia romana, Pablo fue embarcado en Éfeso hacia Roma, en medio de las lágrimas de Timoteo (2 Tm 1, 4), que presentía que nunca más volvería a ver a su maestro y amigo.

La tumba de san Juan en Éfeso

Aunque el Nuevo Testamento no lo mencione, una antiquísima tradición sostiene que el evangelista Juan vivió y predicó en Éfeso durante muchos años. Y allí alcanzó una edad tan avanzada que empezó a correrse la voz entre los cristianos que el Apóstol no iba a morir nunca. Se pensó que era porque se lo había prometido el mismo Jesús.

Quizás para desmentir este rumor algún discípulo suyo habría añadido al cuarto evangelio ya terminado, el capítulo 21 en el cual se cuenta el origen de esta errónea creencia popular.

Lo cierto es que en el año 81 el emperador Domiciano desató una persecución contra los cristianos del Imperio, y una leyenda relata que Juan fue apresado en la ciudad y condenado a morir en una caldera de aceite hirviendo. Pero por más que lo sumergieron, salió ileso. Al ver es-

to entonces, las autoridades lo desterraron a la isla de Patmos, ubicada al frente de Éfeso. Allí, durante su prisión, escribió el Apocalipsis (cf. Ap 1, 9), dedicado a las pobres Iglesias del Asia que sufrían en ese momento la intensa persecución, entre ellas a la de Éfeso (cf. Ap 2, 1-7).

Cuando murió Domiciano, su sucesor trajo una amnistía general, y Juan pudo volver a Éfeso. Entonces probablemente se puso a escribir allí la base de lo que sería después el cuarto evangelio.

Un discípulo suyo cuenta que el apóstol, ya anciano, solía concurrir a las termas o baños públicos, y que al encontrarse allí un día con Cerinto, uno de los primeros herejes de la Iglesia, exclamó: "Salgamos de aquí, no sea que se derrumbe el edificio sobre tal enemigo de la verdad." Como se ve, aunque sus fuerzas habían disminuido, no su pasión por la auténtica fe cristiana (fig.5).

Al final de sus días tenía que ser llevado en brazos a la asamblea litúrgica, y dicen que repetía continuamente como única exhortación: "Hijitos míos, ámense los unos a los otros." Como alguno le advirtió que resultaba cansador y monótono decir siempre lo mismo, respon-

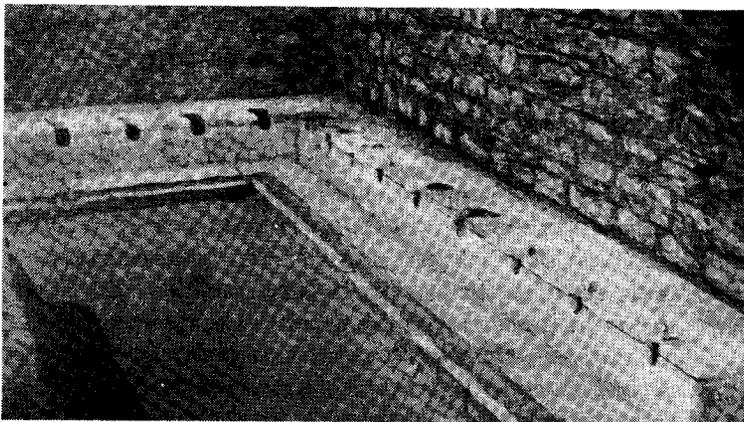


Fig. 5: La letrina, o baño público de la ciudad de Éfeso. En el centro se ve una pileta cuadrada, y una hilera de asientos de piedra se encontraba ubicada en los costados. Al frente de los asientos había un canal de agua, y el piso de la letrina está aún cubierto de mosaicos. La pileta no estaba cubierta, pero sí cerrada entre paredes. Cuatro columnas en los costados sostenían el techo.

dió: "Es que se trata del único mandato del Señor, y si se cumple, ¿para qué decir más?"

San Juan fue enterrado en Éfeso. Sobre su tumba se construyó una iglesia, que no tardó en ser destruida. Varias más fueron edificadas encima, para que no se borrara la memoria del apóstol. La última de todas fue erigida por el emperador Justiniano en el siglo VI. Este magnífico templo, que tenía plano en forma de cruz, medía 120 m de largo por 40 m de ancho, y seis majestuosas cúpulas formaban el techo. Debajo de la cúpula central yacía, orgulloso en su lugar de privilegio, el sepulcro de Juan.

Con el correr de los siglos el majestuoso edificio fue cayendo en ruinas. Las invasiones de los turcos en el siglo XIII, y un terremoto en el siglo XIV terminaron de arruinarlo. Actualmente, el viajero que pasa por Éfeso sólo alcanza a descubrir un esqueleto de piedras y unos pocos restos. Debajo de lo que fue la cúpula central, unas oxidadas y vencidas rejas señalan el sitio que una vez albergara la venerada tumba (fig. 6).

La Iglesia de la Madre de Dios

La ciudad de Éfeso atesora otro privilegiado recuerdo. A comienzos del siglo IV, la Iglesia local no contaba aún con un templo adecuado para sus reuniones litúrgicas. Entonces adquirió un antiguo edificio de la ciudad, que había servido de museo y de escuela de educación superior para jóvenes. Los fieles lo acondicionaron y empezaron a usarlo para sus reuniones litúrgicas. En verdad les resultaba sumamente cómodo, con sus 260 m de largo, 30 m de ancho, y tres espaciosas naves.

Y lo grandioso de esta basílica fue que los fieles le dieron el nombre de Santa María, con lo cual se convirtió en el primer templo de la historia de la Iglesia puesto bajo la advocación de la Virgen, en una época en la que todavía ningún otro santuario se había atrevido a tanto.

Sin darse cuenta, los efesios realizaron un gesto premonitorio de lo que en esta Iglesia sucedería cien años más tarde.

En efecto, durante el siglo V una serie de herejías y errores dogmáticos sacudieron a la Iglesia. Eran épocas en que aún no estaban claros muchos de los dogmas de la fe cristiana, ni la teología había definido



Fig. 6: Restos de la Iglesia de san Juan, construida en el siglo IV, sobre el lugar que la tradición asegura que estaba la tumba del Evangelista. Durante el siglo VI, bajo el gobierno del emperador bizantino Justiniano fue magníficamente reconstruida con planta cruciforme, a tres naves y múltiples cúpulas, cuyas ruinas son las que aún pueden contemplarse. De la tumba de san Juan, situada bajo la nave central, sólo quedan unas oxidadas rejas a ras del suelo que una enmohecida cadena impide abrir desde épocas inmemoriales.

muchos aspectos sobre Cristo. Dos corrientes de pensamiento se debatían por imponer sus puntos de vista.

Una, sostenía que Cristo era Dios desde el mismo momento de su encarnación en el seno de María. La otra, en cambio, defendida por el Patriarca de Constantinopla (hoy Estambul), llamado Nestorio, afirmaba que Dios, habiendo previsto que el hombre que nacería de María sería santo y grande, lo eligió para que fuera concebido sin intervención humana; y luego, en cierto momento de la vida de este hombre, Dios Hijo se apropió de él, se “encarnó” en él, para vivir eternamente en perfecta unión. De este modo, habría como dos personas distintas en Cristo; y María sólo sería madre del hombre Jesús, pero no del Hijo de Dios.

Para poner fin a este debate, que conmocionó a toda la Iglesia antigua y llegó a alterar la paz y los ánimos de todos, resolvieron los obispos convocar a un Concilio en la ciudad de Éfeso; ciento cincuenta y siete prelados asistieron para dirimir la cuestión. El Concilio, que fue el tercero de la historia de la Iglesia, tuvo lugar en el año 431, y los asistentes se reunieron precisamente en la Iglesia de la ciudad, es decir en el templo de la Virgen María. Y en la primera sesión, no más, los

participantes condenaron la herejía de Nestorio, lo depusieron de su sede y declararon a María como verdadera Madre de Dios.

Cuando finalizó el Concilio, el obispo de la ciudad organizó una gran procesión de antorchas por las calles de Éfeso, en honor de la Virgen. Es probable que la marcha haya pasado frente al antiguo teatro, ahora mudo y desolado, donde cuatro siglos antes otra multitud, había aclamado a la “Artemisa de los efesios”. Esa multitud ya no existía. La “gran Madre Diosa” había sido vencida por la “gran Madre de Dios” (fig. 7).

Esperando otros apóstoles

A juzgar por los restos de las amplias avenidas, templos, parques y odeones que hoy se contemplan en Éfeso, el fasto y la suntuosidad de esta antigua ciudad debieron de ser grandes. San Pablo pudo admirarlo por tres años completos, y san Juan, probablemente por muchos más. Nosotros sólo podemos contemplar hoy un inmenso despojo de pideras amontonadas.

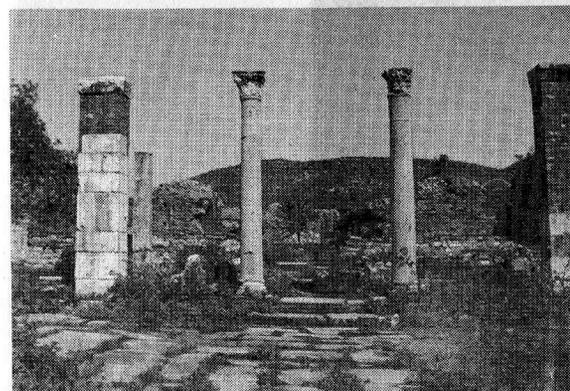


Fig. 7: Los restos de la Iglesia de la Virgen María, conocida también como la “Iglesia del Concilio”. El edificio romano, construido alrededor del año 150 d. C. de 30 m de ancho y 260 m de largo, en un principio era un centro de educación. Más tarde la comunidad cristiana local lo adquirió y lo convirtió en Iglesia bajo la advocación de María. Aquí se reunió el tercer concilio ecuménico que definió el dogma de la maternidad divina de María.

El templo de Artemisa, la séptima maravilla del mundo, es actualmente una charca infesta de la que sólo queda en pie una triste columna, artificialmente reconstruida. Es el símbolo del destino que le cupo a aquella ciudad pagana: derrumbada bajo la acción del Apóstol de los gentiles y convertida al cristianismo (fig. 8).

Pero aquella Éfeso del fervor cristiano tampoco existe hoy. Tres kilómetros al noreste surge la actual ciudad turca de Seljuk, que corresponde a la antigua Éfeso. Pero ni en ella, ni en sus alrededores existen el menor rastro de cristianos. Todo fue asolado por el Islam que trajeron los turcos cuando ingresaron en el país. La media luna musulmana ha reemplazado a la cruz, en una ciudad de tantos recuerdos cristianos.

Y ella, así como sus hermanas vecinas, yace languideciente y resignada a la espera de que arribe un nuevo apóstol, que con su prédica y su intrepidez derrote a la Artemisa actual, y vuelva a darle lustre a las glorias cristianas que, celosa, guarda escondidas.

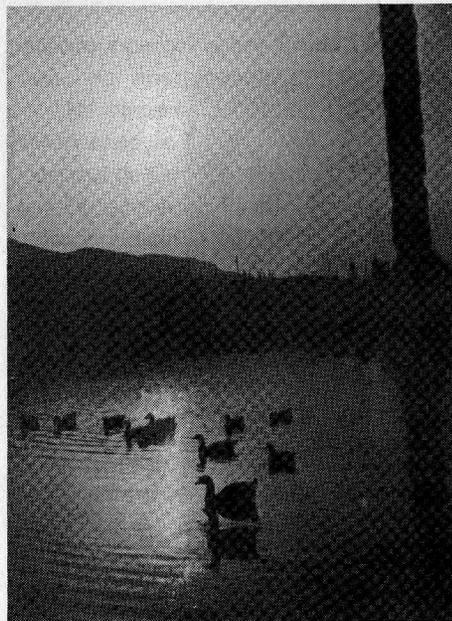


Fig. 8: La única columna que permanece en pie de las 127 que componían el majestuoso templo de Artemisa, una de las siete maravillas del mundo. Unos cuantos bloques más de piedra yacen por tierra, como mudos testigos del ocaso del antiguo culto a la madre asiática.

Desde hace años, los estudios arqueológicos en Palestina y Medio Oriente vienen aportando datos importantes y útiles para una mejor comprensión del mundo bíblico y, en particular, de los Evangelios.

El autor, licenciado en Teología Bíblica por el Estudio Bíblico Franciscano de Jerusalén, pone al alcance del público los últimos descubrimientos realizados en Cafarnaúm (la ciudad donde viviera Pedro y donde transcurrió gran parte de la vida pública de Jesús), los estudios realizados acerca de la tumba de la Virgen María en Jerusalén, las reveladoras excavaciones en la fortaleza de Maqueronte (donde fue degollado Juan el Bautista), y los hallazgos realizados en Éfeso (la antigua ciudad tan vinculada a la vida apostólica y al cristianismo primitivo).

Este texto, didácticamente ilustrado con fotografías y mapas, se apoya en la arqueología para facilitar el acceso a ciertos pasajes aparentemente enigmáticos de los Evangelios e introducirnos en los usos y costumbres de la vida cotidiana en tiempos de Jesús.

